

L. Jara Carrillo

Gérmenes

CUENTOS Y VERSOS

MURCIA 1903

Tip. de José Cárceles

LENCERÍA 3.

+

0387980



Gérmenes

DAU

20701

tel. 242483

CB1487544

Casa Editorial de

José Cárceles.--Murcia

P. Jara Carrillo

GÉRMENES

CUENTOS Y VERSOS

CON UN PRÓLOGO DE

D. SALVADOR RUEDA

MURCIA 1903

IMPRESA DE J. CÁRCELES

LENCERÍA, 3.



Al Señor Don

Ramón Gimenez de Lafuente



Acepte V., mi querido maestro, estos **Gérmenes** que le dedico, y en los que V. tiene alguna parte que yo pagaría largamente, si al valor de esa sagrada deuda pudiera corresponder el valor de mi inteligencia.

Su affmo. amigo y discípulo predilecto

EL AUTOR

Carta=Prólogo

Mi querido poeta Jara Carrillo:

Escribo tan atropelladamente en estos dias, que nada merecedor de ser leído puedo ofrecer á V. para que encabece su nuevo libro. Pero V. quiere unas cuantas líneas á modo de prólogo de su obra, y allá van éstas, desposeídas de galas, como ahora se van quedando los árboles.

Si una llave de oro material pudiese abrir su libro, pediría aunque fuese dinero prestado para comprarla y enviársela á V. porque seguramente con llave áurea merecerá abrirse obra que, aunque no conozco, estará llena de juventud y de hermosura.

El sol de esa tierra, cuando se dispone á hacer un artista, cuaja un cacho de luz y lo mete dentro de un cráneo, y cabezas así hay muchas en esa mi queridísima ciudad.

Yo he ido ahí, no á hacer literatura, sino á aprender cómo se hace. En una reunión de hombres de letras de la calle de la Platería y en derredor de un glorioso veterano de la pluma y de otra altísima inteligencia, hay, sin pretensiones de serlo, una constante cátedra de literatura, que, oficialmente, también ilustra ahí otro cerebro, que si no es murciano, merecía serlo.

La belleza de las artes se dá en esa mi tierra con la misma hermosura con que un naranjo saca al aire su olorosa floración.

Así es que querer echarla yo de hijo de Apolo en una región como esa, es aventurado, porque no hay palmera ni balcón lleno de flores, ni trozo de jardín, que no sean mas hijos de Apolo que yo. En Murcia, en punto á letras y poesía, no tengo yo que hacer más, según el refrán dice, que oír, ver y callar.

Ahora mismo, como una piña agrupa, apretándolos y protegiéndolos, todos sus piñones, se agrupan en mi pluma los nombres todos de ese parnaso regional, y si no fuera por el temor de que, sin quererlo, se me olvidara algún nombre, tiraría la piña contra este papel y saltarían al aire, como estrellas, los nombres de ese racimo de poetas y literatos murcianos á quienes tanto cariño debo.

Así como gustará al que tiene muchas perlas, meter en ellas la mano, y unir las y desunirlas y abrirlas al aire y extenderlas al sol, á mi me gusta revolver en mi memoria los nombres de las personas á quienes quiero, y no es una disparatada hipérbole, cuando de nombres de murcianos se trata, llamar a mi cabeza joyero.

Pero, no aspiro á que suponga V. que violento la plu-

ma haciendo sartas de imágenes; mi trabajo constante cuando trazo renglones, es lo contrario. Pero sí quiero abrir la mano, y sobre la cubierta de su libro arrojar un puñado de luces.

¿Qué menos se ha de dar para las sienes de un poeta joven?

Ahí va, pues, un rocío de luz, una pulverización de gotas cristalinas como las que brillan á cada amanecer en esos naranjos; y ojalá la lira de V. esté siempre goteando notas, y de renglones de ellas estén siempre prendidas sus cuerdas, como cuando llueve están las cañas en los cañaverales.

Cada estrofa de un poeta joven y murciano, debe hacerle al que la lea, el efecto de que le dan en la cara con una rama de azahar llena de rocío.

Mil abrazos para esos amigos adorados.

Salvador Rueda.

Cuestión de amor propio

I

Como me lo contaron te lo cuento.

El caso que relato más abajo, sucedió, no sé cuando; pero sucedió: está vivo quien lo cuenta y no estará condenado quien lo crea.

Yo procuraré ajustarme en lo posible á la verdad.

Erase una mujer bonita, muy bonita, y rica muy rica; hija única, mimada de sus padres... y excuso dar mas detalles para retratar el carácter que tendria la señorita de mi cuento.

Veinte años, edad hermosa, apogeo de la pasión, *mediodia* del amor, *eclipse* total de la cabeza y *cuarto creciente* del corazón humano.

Y esta joven, que se llamaba Estrella, no había conocido mas que á un hombre que despertara sus ilusiones y á quien dedicarle todos los afectos de su alma: un primo suyo,

(que nunca falta un primo á una prima bonita): comia con ella los más días de la semana, salia con ella las más horas del día y le hacia pensar en él la mayor parte de las horas.

Fernando, que así se llamaba el primo, era huérfano; gran fortuna, cabeza ligera, perteneciente al género de *elegantes* de moda y á la clase innumerable de *mundanos* sin más freno que su voluntad ni más leyes que su capricho.

Sus tíos, los padres de Estrella, lo querían mucho y trataban de hacerle sentar la cabeza, sabiendo el amor que Estrella le profesaba; pero poco ó nada conseguían: él, *erre* que *erre*; prometía mucho, no cumplía nada, y con cuatro pamplinas ganaba en diez minutos la parte de afecto que perdía en ocho días de calaveradas.

Por fin llegó el momento decisivo.

Los tíos decidieron hablarle seriamente del casamiento, como único medio de que entrara en caja; (y en verdad que no estuvieron ni lerdos ni pesados; pues el matrimonio es una caja muy estrecha de la cual tiene las llaves el sepulturero.)

A Fernando le cogió aquel día de buenas, se avino á razones y dijo: *sea*. Pensó que ya era

hora de que acabara su vida de azares y locuras.

Su prima se puso tan contenta como es de suponer. Y comenzaron los arreglos del *trousseau* y todos los preparativos indispensables para la boda de dos jóvenes de casa grande.

Menudearon las visitas de las amigas curiosas y á los pocos días se comentaba en todas las reuniones aquella boda.

¡Casarse Fernando! Esto era un caso extraordinario y en verdad que se prestaba á comentarios; pero era un hecho. Donde se dudaba de ello, se presentaba Fernando y se encargaba de deshacer las dudas diciendo:

—Si, señores, me caso; no es mentira. Vengo á invitar á ustedes á mi boda. Y al mes próximamente todo estaba preparado: llegó el día y la casa de Estrella estaba rebosando animación y bullicio: ir y venir de coches, entrar y salir de gente, subir y bajar de criados con multitud de regalos para la novia; todo tenía el aspecto de un día de boda.

Los curiosos se agolpaban en las aceras y esquinas de las calles esperando que saliera la pareja para la iglesia.

Y al fin salió. La novia elegantísima y hermosa, ostentaba un riquísimo traje blanco y ocultaba su rostro entre las gasas vaporosas

del blanco velo. Fernando á su lado y detrás la corte de convidados que lucían sus mejores galas en honor de los novios.

Comenzó la ceremonia. El cura ante los enamorados pronunciaba con voz de rutina y aire de acostumbrada indiferencia las palabras sacramentales; y llegó á la pregunta:

—D. Fernando de *tal y tal* ¿quiere por esposa á doña Estrella de *cual*?

Y Fernando, después de palidecer y de vacilar un poco, contestó:

—No, no quiero!

¡

 , !

Los puntos que preceden representan la escena que el lector sabrá forjar con su imaginación mejor que mi pluma, que andaría torpe en la descripción de aquel tremendo momento.

¡Aquello fué un escándalo!

Se supo á las pocas horas en todos los centros habidos y por haber. A la novia se la llevaron sin sentido á su casa. El novio se perdió entre los amigos que le interrogaban asombrados.

—¿Qué has hecho, Fernando?

Y allí se acabó la fiesta.

II

El padre de Estrella á los pocos días, junto al lecho de su hija hablaba del caso.

—Dime, hija mía, dime lo que he de hacer para lavar tan ignominiosa afrenta. Esperaba tú mejoría para que tú fueras el juez que juzgara á Fernando.

Dicta la sentencia de muerte y morirá. Lo que tu quieras que se haga con ese miserablé, tu padre lo ejecutará puntualmente.

—No, padre—dijo Estrella—no quiero que muera Fernando: esto no nos quitará la afrenta recibida y además te pondrías en el caso de que yo te perdiera, por separarte la justicia de mi lado... No; yo quiero otra cosa, otra cosa más fácil, otra cosa que sea el desquite; ¡ojo por ojo, diente por diente!

La muerte no satisfaría mi amor propio de mujer... Yo pensaré, yo pensaré algo y tu me ayudarás, sí, tu me ayudarás en el desquite.

Y Estrella, piensa que piensa, llegó por fin á tener una idea original, única, como ella decía, que podía dejarla en el lugar más airoso.

Se la dijo á su padre y su padre la aceptó

como buena y le prometió que se realizaría á costa de todo lo necesario.

La idea de Estrella era esta:

—Necesito—dijo—que Fernando venga otra vez á mí de nuevo y que vuelva conmigo á la iglesia como si otra vez fuéramos de boda; han de venir los mismos convidados y ante el mismo sacerdote, al decirme si le quiero por esposo, diré yo *que no*. Es lo único que puede dejarme satisfecha, padre mío; consíguelo y te querré más que nunca.

III

Fernando acudió al llamamiento de su tío, á quien no había visto desde el memorable día de la boda. La escena de la entrevista fué sensacional.

El muchacho se arrodilló ante el viejo y con pocas palabras procuró disculparse.

—Tío, aquel momento no pertenece á la conciencia de mis actos. Oí hablar aquella mañana á mis amigos de juergas próximas y aventuras sugestivas, miré para el porvenir y me aterró la idea del yugo matrimonial; un ataque de nervios se apoderó de mí, y sin saber lo que decía pronuncié aquella negativa inconscientemente. Mi falta no merece perdón; pero mi vida, mi fortuna, mi honra son

de usted: usted me dirá lo que debo hacer para reparar mi falta si es que hay modo de repararla.

—Estás dispuesto á todo?—dijo su tío.

—A todo. Usted es el dictador.

—Pues te cojo la palabra. Hoy mismo se anuncia la boda de nuevo, se convida á la misma gente y se señala el día. Iremos á la iglesia y el cura te hará la pregunta de rúbrica *si quieres á Estrella por esposa etc...* Tu has de contestar que sí; y cuando se haga á tu prima la misma pregunta, ella dirá que nó: esta es la reparación que yo exijo. ¿Estamos conformes?

—Si, tío, estamos conformes. Señale usted el día y haga usted los preparativos, seguro de que por mi no habrá inconveniente.

—Pues está dicho.

IV

Todos los convidados se hacían cruces al saber que Fernando y Estrella habían olvidado aquella escena escandalosa, volviéndose á arreglar para casarse.

Los comentarios cundían y cada cual explicaba á su manera el caso: alguien creía que Fernando se casaba porque su tío le ame-

nazó de muerte; pero nadie sabía el secreto más que los novios y los padres.

Para evitar ser objeto de la curiosidad callejera, los convidados fueron á la iglesia desde sus casas y los novios con los padrinos en un coche cerrado.

Fernando iba tranquilo. Arrepentido de la grave falta que cometió, creía muy justo que Estrella hiciera lo mismo, aunque sus amigos rieran á costa suya algún tiempo. Luego se olvidaría la gente y él conservaba su independencia que era lo principal para él después de satisfacer el amor propio de su prima. Comenzó el sacerdote la ceremonia y llegó el momento sensacional.

Preguntó el cura:

—D. Fernando de *tal y tal* ¿quiere por esposa á doña Estrella de *tal*?

—Sí, quiero—dijo Fernando. Y dirigiéndose á la novia repitió el sacerdote:

—Doña Estrella de *tal*, ¿quiere V. por esposo á D. Fernando de *tal y tal*?

¡Si...!—dijo Estrella antes que el cura terminara la frase.

Fernando se quedó estupefacto ante aquella afirmación inesperada. No acertó á decir nada y se resignó.

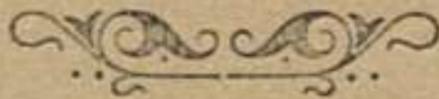
Cuando fueron á su casa los llamó el padre y preguntó á Estrella:

¿Estás ya satisfecha, hija mia?

—Si, papá; ya estoy vengada—dijo Estrella con tono de alegría.

—Pero su venganza ha sido más terrible que la que teníamos convenida—añadió Fernando—más ya estamos casados y procuraré cumplir con mi nuevo estado como mejor pueda.

Y Fernando desde entonces ya no creyó ni aun en la única verdad que la mujer encierra, que es el amor propio.



El drama realista

Un dramaturgo sábio tuvo la gran idea de inspirar sus obras en la realidad más estricta.

Una teoría nueva, una manera de hacer diferente de todas; lo que él creía que el teatro debe ser: sacar tipos, costumbres caracteres reales, sin fantasía alguna, con las frases, modos y procederes de esos caracteres costumbres y tipos.

¿Era el protagonista un potentado de levita? Pues á buscarlo en la sociedad, á encontrarlo y á estudiarlo de cerca. Como habla, como piensa, como expresa sus odios, como adorna sus afectos, todo salga á la escena igual que si aquel personaje fuera el actor mismo.

¿Había que sacar una escena del campo, un diálogo entre esas inocentes personas que trabajan y viven insociables? Pues allá iba mi

dramaturgo con sus cuartillas, para observar de cerca á los personajes y hasta los sometía á exámen riguroso pidiéndoles la solución que ellos darían en cualquier problema pasional, que él les explicaba de antemano.

No siempre le satisfacía la respuesta, considerando la diferencia que hay en el pensar de un hombre frio, sin la excitación de la pasión que se le dá supuesta, á ese mismo hombre puesto en la realidad de aquel afecto, de aquella pasión que se pretende solucionar.

Esta teoría costó al dramaturgo muchos sinsabores y alguna vez recogió los cachetes de un marido airado ó de una mujer nerviosa.

¿Que en tal casa vive un matrimonio mal avenido, que el marido es borracho, que la mujer es buena, que él se gastaba el dinero en los tugurios y un hijo pequeño se muere de hambre? Pues allá vá mi hombre y sin pedir permiso se cuele en el hogar donde grita el marido, llora la madre y gime el hijo pidiendo pan.

¡Cuántos insultos le costó esta curiosidad artística y qué de cosas tuvo que escuchar en algunas ocasiones!

Pero él, impertérrito, sin hacer caso de injurias ni de malas palabras, copiaba sus im-

presiones al volar de la pluma y con la alegría del naturalista que describe un nuevo ejemplar zoológico.

Un día pasaba por una calle á tiempo de presenciar una bronca entre dos hombres.

Insulta uno á la madre del otro; este tira de una navaja colosal y aquel empuña una descomunal pistola.

Todos los transeuntes huyen despavoridos, quedando el dramaturgo junto á los contendientes.

De pronto, aparece por una esquina de la calle próxima á donde se desarrolla el hecho, la madre de uno de ellos; el escritor instantáneamente forja en su imaginación la escena que se le ofrece en el momento en que caiga el hijo de aquella mujer que corre desolada, muerto por un balazo del contrario.

Loco de alegría, de una alegría salvaje, inconsciente, quiere aprovechar aquella escena y como viera defraudarse su interés realista con la presencia de la madre, que separaría á los contendientes sin que realizaran el crimen uno ú otro, se cogió al de la navaja, al hijo, que ya iba á descargar el golpe, le detuvo el brazo, y dejó al otro disparar su pistola, cuyo proyectil atravesó el corazón del infortunado contrincante.

Llegó la madre en aquel momento y sólo pudo recoger el último suspiro de su hijo que se revolcaba en el suelo entre las últimas convulsiones de la muerte.

Y mi dramaturgo á escribir las frases de aquella mujer inconsolable y desesperada.

Esta escena le valió á mi hombre ser acusado de culpable en aquella muerte, como lo era en efecto; pero gracias á la influencia pudo salvarse diciendo que él tuvo el propósito de evitar la cuestión al coger el brazo que empuñaba la navaja.

Y fué absuelto después de pasar tres meses en la cárcel, cuatro de visitas á la audiencia y una vida de remordimientos de conciencia que le devoraba el corazón.

Ya tenía un drama á punto de terminar, según sus nuevas teorías; todo era real en él, no había escena ni frase que no hubiera sido presenciada por él ó pronunciada por un personaje real.

Le faltaba el final, el desenlace, la última escena que consistía en un adulterio.

Necesitaba el dramaturgo encontrar una mujer infiel á su marido y... ¡presenciar el acto en que el marido coge en *infraganti* delito á la esposa adúltera! ¡Ya era cosa difícil!

Anduvo un año entero en busca de ello; co-

metió mil indiscreciones y sufrió nuevos insultos y bastantes golpes por meterse en camisa de once varas, y, nada, la escena no se encontraba en ninguna parte.

No parece—decía—sino que desde que yo necesito una mujer infiel, se han vuelto todas honradas y no hay ni una sola que falte á su marido.

Perdida la esperanza, recurrió á un recurso supremo.

Calculó que un hombre cuarentón, bien conservado, con una indumentaria hasta elegante, bien puede enamorar á la mujer de su prójimo.

Y puso manos á la obra, enamorando á la mujer de un amigo.

Resultando, que se enteró el tal amigo, lo acechó, le vió entrar en su casa, lo cazó dentro y le obligó *ipso facto* á batirse con él á espada francesa, cuyo duelo tuvo por resultado tres meses de gravedad y dos de convalecencia.

Y siga el drama, es decir, siga la comedia; porque hasta aquí fué comedia cuanto ocurrió al dramaturgo *modernista*.

Perdió ya las esperanzas de terminar su obra y estaba muy contrariado por ello.

Pensó mucho; pasaba las noches dándole

vueltas á aquel desenlace y buscando el medio de hallar la escena real.

Tuvo una noche una idea feliz, aunque aventurada.

Su mujer era jóven aún; tendría treinta años, la edad de las exhuberancias de matrona y de los desalientos conyugales.

Era expuesto el caso, pero había que ponerlo en práctica. De él dependía el triunfo de su escuela y su fama universal de autor dramático original y sábio. Manos á la obra.

Buscó á un amigo de los más fieles que tenía, le planteó el problema que bullía en su cabeza desde mucho tiempo atrás y rogó al amigo hiciese el amor á su señora apasionadamente, hasta conseguir una cita á solas con ella. El estaría observando la escena sin ser visto; pero que no por eso fuera comedido en sus frases de amor y en sus apasionadas palabras.

Quedaron convenidos.

El amigo comenzó su tarea de galán seductor y al cabo de un mes pudo alcanzar la cita apetecida en el jardín de la casa.

El dramaturgo observaba desde un kiosco, oía las palabras y ¡ojalá no hubiera oído más que esto! también oyó el sonido de unos labios al besarse.

Sin embargo no dejó de apuntar las palabras que salieron de aquella mujer con todo el azoramiento de la esposa que falta á la fidelidad jurada ante el ara.

A otro día desapareció su mujer y supo con honda pena que había salido para el extranjero con su amigo y *ayudante*.

El escritor escribió con lágrimas el desenlace de su obra, que acababa dando muerte el esposo burlado á la mujer adúltera.

El drama se estrenó y obtuvo un éxito ruidoso.

En un periódico de la corte explicaba el autor el argumento de su obra y del modo que había sido escrita, sin omitir la última escena.

—¡Todo ha pasado, todo lo he visto!—terminaba diciendo en el artículo.

Y como hubiera algún amigo que le dijera que el desenlace era falso porque él no había matado á su esposa, contestó:

—Eso será real dentro de poco: ya lo escribí con mi cuenta y razón....

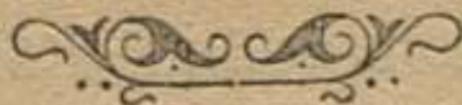
.

Y á los pocos días publicaban los periódicos de todas partes, la muerte de la esposa de un eminente dramaturgo recientemente

aplaudido, á manos del mismo, y víctima de una bala de rewólver.

¡Lo mismo que en el drama!

Y el autor respiró con fuerza al ver que su obra ya era un *drama realista* perfecto.



La Gitana

I

Era la víspera de Reyes. Una de esas tardes grises en que rebrama el viento en los cristales, se amontonan las nubes en el espacio y todo se reviste de tan mortal tristeza que hasta el sonido de la campana que toca la oración es robado por el huracán, que solo un eco débil nos deja oír perdiéndose á lo lejos.

La gente del pueblo cerró sus puertas, amontonó en la hornilla los secos troncos y el sonido de la zambomba y las panderas iba á confundirse con el gemir del aire sobre las altas bocas de las chimeneas. Y las calles desiertas, sin un alma. Sólo á ratos algún balcón se abría para poner zapatos y sombreros donde los Reyes Magos depositaran sus presentes.

Con la risa en los labios y la mar de esperanzas en la mente, se acostaban los niños para esperar el nuevo día; y si sus sueños infantiles hubieran podido tomar forma material, sus dormitorios fueran ricos bazares, repletos de innumerables chucherías.

Vengan coplas y coplas; tronco más á la lumbre y villancico al aire; rasgueo de guitarra y trago de lo añejo; era otra *nochebuena*. Y el pueblo, feliz; sus hogares, ascuas de oro, sus cantos, bacanales de alegría y todo era algazara.

II

Por el camino abajo de la sierra, descalza y sin abrigo, una pobre gitana caminaba despacio, muy despacio, con un niño á la espalda, desfallecida y casi exánime.

Sus ojos eran grandes, su rostro demacrado, su cabellera suelta y enmarañada, juguete del viento, le daba aspecto de ser extraño, sobrenatural; porque las sombras que empezaban, poniendo su silueta de relieve, hacían brillar sus ojos como luces inciertas de ansias, de dolores, de martirios.

Lloraba el niño á veces, y no sé que palabras misteriosas pronunciaba la pobre gitana que

al momento callaba aquel pequeño... Acaso tenía hambre y la madre le ofrecía pan en llegando al pueblo.

Y arrastrando la carga de sus penas y la no menos pesada de aquella criaturita amodorrada de hambre, aterida de frío y muerta de cansancio, llegó al pié de la cruz la gitanilla. Era la Plaza Mayor en donde estaban. Se sentó á descansar sobre una grada y miró á todas partes con aquellos ojos tan rasgados, tan brillantes, que en tanto parecían dos súplicas como se tornaban en dos fulminantes maldiciones.

Esperó largo rato; volvió á llorar el niño y volvió á murmurar la madre por lo bajo... ¡Ni aun podía besarlo! Lo llevaba á la espalda envuelto en un pañuelo para que fuera menos su fatiga en las horas de marcha por montes y veredas.

Pronto llegaron á los oídos de la gitana aquellas alegrías en coplas y sonidos; luego una risa, batir de palmas, locuacidades de embriaguez y derroche de vida y de placeres.

¡Todos eran felices menos ella!

A cada cantar alegre que se oía ponía el estribillo la criatura llorando y diciendo:

—¡Tengo hambre!

Y si cada copla era una puñalada de amar-

gura en el corazón de la gitana, cada lamento del gitanillo, era una tempestad de odio en su alma. Así pasó una hora de tormentos sin saber á qué puerta llamar que se la abrieran... ¡Como era gitana...!

Y pasaron en un instante por aquel cerebro febril nostalgias del pasado, tropel de desprecios y dolores muertos por el tiempo, sin que aquella imaginación, ansiosa de un recuerdo en que reclinarse para descansar, encontrase en su carrera la memoria de una patria, las dulzuras de un bien recibido.

La gitana se levantó de pronto y fuese á una puerta donde la algazara era más grande y la alegría se desbordaba por los resquicios de las vetustas maderas.

Calló la guitarra, quedó la copla en el segundo verso, y la bota en alto sobre los brazos de un rústico gañan.

—Soy yo—dijo la pobre gitana con voz medrosa—buenos hombres, por la salud de vuestros *chavales*, por la gloria de vuestros muertos, dadme un rincón *ande* dormir y un peazo de pan para el pequeño; estoy muerta de hambre y de frío; pero no siento yo mis males, sino los de esta *desgraciá* criatura que dobla su cabeza como un pajarico helao y si no lo remedian la veré morir sobre mis hombros...

—¡Fuera esa bruja!—dijo uno.

—¡Es una gitana condená...!

—Esa nos quitará las pestañas si le damos acobijo—añadió un tercero.

Y de un empujón fué de bruces á la calle, cerrándose la puerta tras de aquella mendiga sin amparo.

Un aire huracanado silbó en la chimenea como una maldición y el gitanillo, con labios temblorosos, repitió: ¡tengo hambre! que fué como un puñal que se clavaba en aquel corazón de madre.

Llamó luego á otra puerta y luego á otra y en todas la arrojaron sólo por ser gitana...

Es lo que decían: gitanos y ladrones son una misma cosa. Y no consideraban que á veces hay que robar por fuerza.

Comienzan por negarles patria y como ellos han de vivir de alguna manera, tienen que ser errantes peregrinos; no les dan pan para su cuerpo cuando lo piden ni la educación de la alma que necesitan; son responsables de todos sus delitos y las leyes los estrechan con cercos de hierro, sin que sus beneficios les alcancen.

Todo se les niega, y como se les niega y tienen que vivir apelan á una ley universal, divina, igualitaria; la *ley natural* que está gra-

bada en todas las conciencias y en todos los corazones.

III

Pasaba yo por una calle del pueblo y ví en una puerta un bulto que se estremecía.

Me aproximé y ví á una mujer casi sin sentido que se quejaba á intervalos y con débiles ansias.

Era la gitana. La ayudé á levantarse y leí en su cara todo un poema de dolor.

Vino á mi memoria aquella historia que aun celebra la humanidad, la historia de una Virgen que llevaba en sus entrañas al Redentor del mundo, sin encontrar hogar que la hospedase.

Por la Virgen, pensé, no debe morir esta pobre gitana como un perro, tirada en el portal, con sudario de escarcha, y entre el gemido de un hijo que se muere poco á poco por no tener un mendrugo que llevar á la boca.

Apoyada en mi cuerpo la llevé á una posada donde tuvieron lecho y alimento aquellos seres yertos y moribundos.

Cuando salí á la calle rebramó el huracán con tanta furia que infundía miedo. Callaron los cantares y las guitarras y no asomaban

las luces de las llamas por los resquicios de las puertas.

Todo el pueblo estaba harto ya de algazara y cansado de tanta alegría.

Al llegar á la plaza mayor redobló el viento imponente su ímpetu salvaje, y de los balcones próximos cayeron al pié de la cruz varios objetos.

Zapatos nuevecitos, sombreros y abrigos de varias clases, fueron arrancados de las altas repisas donde esperaban el regalo de los Reyes, yendo á parar cerca de las gradas de aquella sagrada insignia, como diciendo:

—Esos que duermen en mullidos lechos y en abrigadas habitaciones, no necesitan nada; sirvan esas prendas para regocijar á otros niños sin pan y sin abrigo.

Yo sentí aquella voz misteriosa que el aire formulaba en los brazos de la cruz y recogí las prendas más necesarias que junto á mí veía.

IV

Con el primer albor de la mañana me levanté. La gente del pueblo dejaba sus hogares é iba al pié de la sierra donde aparecían los Magos y la Estrella para celebrar la fiesta de los Reyes.

Yo con un bulto de ropa bajo la capa, seguí el camino de la posada á llevar una alegría á dos desvalidos.

Cuando llegué ví en aquellos rostros un átomo de vida y sentí en mi alma un infinito sentimiento de ventura.

Entregué á la gitana aquellas prendas que la caridad del viento arrojó á mis piés y dije:

—Hé aquí, pobre mendiga, lo que los Reyes mandan para tí y para tu hijo. En nombre de la cruz acéptalos. Aquella cruz que te ofreció anoche sus gradas para descanso, hoy te manda zapatos para vuestros piés y abrigo para vuestras carnes: bendecid á Dios que vela por los desgraciados...

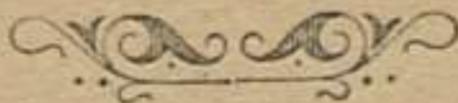
Y la gitana me miró con aquellos ojos rasgados y brillantes, que eran dos bendiciones luminosas; aquella cara demacrada y morena se animó con una ráfaga de agradecimiento y aquella mujer tomó un aspecto grande, interesante, virginal.

Al mirarme sus ojos parecía que quería decirme la *buenaventura*: y yo sentí en aquella mirada todos los augurios felices, todas las ilusiones realizadas, todas mis esperanzas á la vista; ella los deseaba para mí en su corazón y falta de palabras, no subieron á sus lábios

las profecías pero me las mostró en sus pupilas brillantes

Ya hace bastante tiempo y aun endulza mis horas el recuerdo de aquella mirada...

¡Nada tan grande como la *buenaventura* dicha por unos ojos negros, clavándose en lo más profundo del alma!



Paco el molinero

Una casa de tres metros de altura distribuida en dos habitaciones ni grandes ni pequeñas, cocina y dormitorio, servía de albergue á madre é hijo.

A muy poca distancia se oía el monótono golpear de las ruedas del molino; dos piedras que, movidas por la escasa corriente del Segura, daban para comer á aquellos dos seres felices y hasta para vivir con desahogo.

En medio de la huerta vivían; el pueblo más cercano, rio arriba, distaba del molino su media hora larga; los vecinos eran pocos, y tan diseminados que de casa á casa mediaba un buen trayecto.

Como Paco era un mozo alegre y simpático, trabajador y honrado y su físico admirado con codicia por las mozas del contorno y con envidia por todos los del *partío*, la parroquia

era grande y las piedras no cesaban noche y día el dale que le das al moler del trigo y el maíz que se consumía en una legua á la redonda.

Siempre había en el molino dos ó tres zagalas guapas y garridas, que á la vez que esperaban turno á su molienda, escuchaban los piropos llenos de gracia y las frases agradables y siempre corteses del molinero, quien con la buena fama y las palabras dulces, apretaba la mano en la maquila quedando todo el mundo satisfecho.

Cualquier moza hubiera dado un ojo de su cara ó un dedo de su mano, por recibir de Paco el señalado honor del *compromiso*: pero Paco, aunque estaba en la plenitud de su vida, para todas tenía las mismas galanterías, á todas trataba con igual agrado y ninguna pudo decir que fué objeto de preferencias que pudieran significar otra cosa que sincera amistad y pura cortesía.

Esto tal vez lo hacía más interesante á los ojos de todas y la que menos había soñado ya con ser dueña de aquellas dos piedras, de aquella casita blanca, de aquel corazón noble y honrado, alegre y cariñoso en cuerpo tan apuesto y tan gallardo.

Pero Paco vivía con su madre; vivían los

dos solos: ella muy viejecita, muy buena, como él, alegre y de alma grande, aunque el cuerpo encorvado por el peso de siete décadas, que al fin y á la postre ya es un peso del que sólo nos puede aliviar la muerte.

Ya sabían por todo el contorno que Paco no se casaría mientras no muriera su madre: así lo había prometido y era hombre que tenía su amor propio en cumplir lo que ofrecía.

Su madre era su novia, su dios, su vida, todo era para él su madre.

Por su madre sonaban noche y día los golpes de las piedras del molino; por ella exageraba las maquilas, por ella cantaba sin cansarse del trabajo y no cesaba de alimentar á la torba que á cada instante abre sus fauces para pedir más grano al molinero.

Como no era costumbre ver parado el molino, la señal de que algo grave ocurría en aquella casa, era el silencio de las piedras, y ya hacia una semana que no andaban.

La madre de Paco estaba mala, muy mala; él suspendió el trabajo, porque el ruido molestaba á la enferma y además él quería estar á su lado porque su madre era su vida.

¡Estaba el mozo más triste!

Pero so lo nunca, eso no.

Todas aquellas vecinas, jóvenes y viejas, que en los ratos de alegría y de baile estuvieron al lado de aquellos seres, también acudían en la desgracia.

Parecía que las mozas hacían oposiciones á nueras por la solicitud y delicadeza con que cuidaban á la enferma; y aunque no diga yo que aquellos corazones no sintieran un tanto el infortunio de Paco, si es cierto que había algo de adoración al santo por la peana.

Una noche, aquella en que la enfermedad hizo su cumbre, se puso muy mala la pobre; para todos que no llegaba al alba.

El silencio en la vivienda era casi absoluto; sólo aquel ruido de la cuchara al desprender el caldo sobre la taza para enfriarlo, la respiración dificultosa de la enferma y algunos intermitentes suspiros de amargura de Paco, formaban ese ambiente característico que se observa en las habitaciones de las personas más próximas á la muerte que á la vida.

Hubo que avisar al médico; pero vivía muy lejos, en el pueblo, media hora larga que acaso no aguantara la gravedad imprevista. Un amigo de Paco quiso ir á escape á traerse al doctor, pero Paco lo detuvo con razones muy cuerdas y dijo que él iría más pronto.

Todos se asombraron ante aquella afirmación, porque el mozo que se había ofrecido á ir tenía fama de ser el andarín más aventajado de toda la huerta, teniendo en su abono varios casos de otras tantas apuestas ganadas en distintas ocasiones por su ligereza.

Sin embargo, Paco salió de allí y todos supusieron que, á todo correr, había de tardar una hora en el regreso; pero con gran asombro vieron llegar al médico y al mozo cuando no había pasado un cuarto de hora.

Paco había cruzado el río á nado, como lo demostraba el estado de sus vestidos.

Ese fué su cálculo.

El pueblo estaba al otro lado del río, y el puente tan distante, que el pasar sobre él suponía un gran rodeo por sendas y vericuetos, que absorbían todo el tiempo que se tardaba. Cruzando el río por más arriba del molino, era un atajo que ahorraba casi todo el trayecto.

Y Paco se lanzó al río sin temor á una buena crecida que venía, como tampoco al frío de una noche de Diciembre.

¡Era por su madre!

Bajó el médico de su veloz caballo y entró en el cuarto silencioso de la enferma, cogióla una mano, se fijó en sus ojos é hizo un gesto

que heló la sangre á aquel hijo que estaba leyendo en la cara del facultativo la gravedad de su madre.

—No hay tiempo que perder, dijo el médico—el mal está llegando á su periodo álgido, si esta receta que voy á escribir llegara aquí antes de diez minutos tal vez pudiéramos combatir la fuerza del mal; sinó todo es inútil.

Y escribió apresuradamente sobre su cartera unas cuantas líneas, que arrebató Paco con mano nerviosa y partió con el papel igual que una bala disparada. Un mozo lo siguió sin poder oír más que la voz del hijo que se alejaba diciendo:

—¡Esperadme en la reja del molino!

Llegó junto al río y se lanzó al agua; la *riá* crecía poco á poco y la corriente se iba poniendo impetuosa. Con los esfuerzos sobrehumanos que puede prestar una madre que agoniza, ganó la orilla opuesta y corrió como un rayo cruzando huertos, destrozando plantas y sumergiéndose á menudo en regados y brazales, hasta llegar al pueblo, entrando en la botica sin poder articular palabra.

Presentó la receta y sus ademanes fueron harto elocuentes para que el boticario se hiciera cargo de lo que se trataba.

Pronto tuvo en su mano un frasco de cristal que cogió con ansia loca para volver de nuevo á la ribera.

No tuvo lugar de pensar en el tiempo transcurrido ni en el ímpetu del agua que se desbordaba por bancales y bardizas. Se lanzó de nuevo á la corriente y se dejó arrastrar por ella para llegar antes... y era un juguete más entre los muchos que bajaban de las viviendas de arriba...

El mozo que lo siguió al salir de su casa, obedeció su mandato, se puso á esperar sobre la reja del molino; pero como el agua fuera subiendo poco á poco, ganó el tejado y allí estuvo mirando á favor de la luna todos los objetos que llevaba la corriente.

Uno de ellos tenía trazas de persona humana y el mozo, aterrorizado, lo esperó hasta tenerlo al alcance de sus manos, lo asió con ellas y vió con gran espanto el cadáver de Paco que estrechaba entre sus manos un objeto á la vez que lo oprimía contra su corazón.

La corriente había jugado con aquel cuerpo hasta ahogarlo, arrojándolo después como leve broza al remanso del molino.

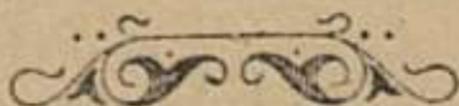
Mucho trabajo costó al mozo arrancar de aquellos rígidos dedos el frasco que oprimían;

una vez conseguido y procurando en vano ocultar su funesta impresión, llegó hasta el lecho de la madre y entregando al médico la medicina, dijo con voz imperceptible para los demás.

—Señor médico, si con la vida de un hijo no se cura una madre, que Dios baje á curarla. Esa medicina es la vida de un hijo por su madre.

.
.

Al alumbrar el alba la madre abrió los ojos y preguntó por su hijo: mientras él, tendido en el tejado del molino, con los ojos abiertos y los labios también, parecía decir aquello de «por ella eran los golpes de las piedras, por ella las maquilas, por ella hasta el vivir; hoy que lo necesita se lo he dado ¡Vida por vida!



El primer beso

Manuel iba adquiriendo la fama que se merecía. Era un pintor de una imaginación tan viva, que sus cuadros tenían siempre algo nuevo, algo extraordinario, eso que no se estudia en las academias de dibujo, el *quid*, digámoslo así, del génio.

Por eso los aficionados le admiraban como á un ser superior y los maestros viejos le cobraban ojeriza; que siempre la barrera de los antiguos está dispuesta para interrumpir el paso á la *gente nueva*, y á Manuel se la pusieron reforzada y trataron de quitarle méritos tan claros y tan visibles como la luz del sol.

Solamente había un pintor anciano, maestro de Manuel, que tal vez por esto de ser *dómine*, lo aplaudia y le aconsejó mil veces que saliera de aquel cuchitril oscuro de la provincia y

volvería mas alto; que la gloria le tenía reservada una corona hermosa.

Pero el jóven pintor, como si nada le dijeran. Enamorado locamente con esa pasión volcánica, noble y furibunda del artista, toda su existencia la cifró en una mujer hermosa, á quien adoraba como á la diosa sobrehumana origen de su inspiración.

Buscaba Manuel una mujer que había soñado y que antes de conocerla supo llevarla al lienzo con toda su belleza ideal. La buscó mucho tiempo y últimamente la vió en la calle, la siguió, y alcanzó ser correspondido por ella.

Sus amores fueron una série de luchas familiares, pues nunca falta alguien que venga á turbar la dicha de dos séres que se contemplan felices.

Desigualdades de posición, prosa de la vida; pero al fin y al cabo, la causa de todos los desórdenes amorosos y de no pocos crímenes pasionales.

Manuel era pobre; Magdalena, rica; hablaban de tapadillo y se escribían las más veces, hasta que se convencieron de que aquello no podía seguir.

Y cuando la oposición de los padres rayó hasta el punto de hacer imposible el que am-

bos amantes se hablaran siquiera dos minutos, el joven artista fomentó de nuevo sus sueños de gloria y de fama, que siempre surgen más potentes y más risueños cuantos más son los obstáculos que la vida opone á nuestros ideales.

—Si, me voy á Madrid—dijo Manuel—igualaré mi clase á su clase, si nó con dinero, con gloria y con nombre; y cuando la nobleza de la inteligencia pueda eclipsar á la nobleza de los blasones, yo, aristócrata del arte, taparé la boca con los pergaminos de mi fama á la aristocracia del dinero y Magdalena será mia.

Ella asintió también á estos propósitos, y aunque en los primeros días le costó algunas lágrimas el pensar en la separación, tuvo que conformarse ante el pensamiento de una dicha futura.

Manuel se alejó de ella, sembrada de ilusiones el alma, rebosante de esperanzas el corazón, lleno de ideales el cerebro.

Lo que el joven pasó, no es para contado en los escasos renglones de unas pocas cuartillas de papel: páginas y páginas se podrian llenar hasta formar un libro voluminoso, grande, interesante, instructivo.

¡Qué sinsabores y desengaños! Qué de luchar para disputarse y conseguir lo suyo, lo

que era suyo, lo que pertenece al génio: la gloria, la admiración, el aplauso, la recompensa.

Y sin embargo, una barrera infranqueable de todo punto, le envolvía y una gran plancha como de plomo le oprimía y lo aplastaba... ¡Aquello era luchar contra un mundo! Por eso los artistas acarician á veces la idea del suicidio; porque cuando esa barrera y esa cubierta los estrecha de tal modo que los oculta al mundo de la luz, á la vida de la fama, entonces piensan en la muerte; pues si la muerte no es un águila potente en el suicidio que nos remonta sobre sus alas negras hácia las inmensidades del cielo, es por lo menos sierpe flexible que nos arrastra en sus anillos por entre esa barrera impenetrable, hasta sacarnos de ella y alejarnos á otro mundo más infame, más horrible, pero más inmenso, más luminoso, más apetecible que el cerco anónimo, opresivo.

Manuel también tuvo en sus horas de angustia y de contrariedad pensamientos funestos: una idea terrible luchó muchas veces en su cerebro por vencerle: pero triunfó siempre un recuerdo bendito, el de Magdalena. Y luchó y luchó con toda su alma: trabajó con toda la fé que prestan los amores íntimos

hondos, inmensos; y la victoria coronó por fin la frente del artista con la aureola de la fama, ¡santa y bendita aspiración de las almas grandes y no por todas alcanzada en el palenque arbitrario de la opinión y de la envidia.

El nombre de Manuel subió como las águilas, hasta perderse allá donde ya no penetra la mirada; voló como las marinas gaviotas y cruzó los mares de orilla á orilla; admiró á su patria y asombró á otras naciones... ¡venció con la victoria franca y grande del génio universal que se revela!

Ya había conseguido sus aspiraciones, ya podía querer á Magdalena sin que fuera su amor baldón de su familia; como si el amor reconociera la aristocracia ni la democracia, altos y bajos, nobles y plebeyos, siendo así que vive en todas partes, que baja á las cabañas miserables y arrastra sus alas purísimas por ellas sin manchar su pluma; y que sube á los palacios y roza las sedas y brocados sin que deje huella alguna que empañe el brillo de los aureos cendales.

.

III

Volvió Manuel á su ciudad querida y apenas llegó á ella se dirigió instintivamente á la

calle de Magdalena para contemplar un momento á su adorada después de tanta ausencia, momento que sería para él la corona apetecida de todos sus triunfos y de todas sus ansias.

Cuando estaba cerca de la casa, vió salir de ella una alegre comitiva, que, al parecer iba de boda: una de las jóvenes vestía traje blanco, corona de azahar y transparente velo de desposada. Manuel se oprimió los ojos con las manos no queriendo creer lo que veía, pero se convenció al fin: era Magdalena la novia.

Se ocultó en un portal, dejó pasar la comitiva, la siguió de cerca sin ser visto y penetró en una iglesia próxima tras de ella.

Y oculto en una capilla, presenció la ceremonia á riesgo de perder el juicio ante aquello que él juzgaba delirante sueño.

Cuando á las preguntas del sacerdote dijo Magdalena el *sí* sacramental. Manuel sintió agolparse toda su sangre á la cabeza y cayó desplomado sin sentido al pié del altar que había á su lado...

Despertó luego y miró en derredor; sintió frío y miedo; todo estaba á oscuras, todo estaba solo. A lo lejos brillaba una lámpara con las últimas palpitaciones intermitentes de la

luz que muere. Con paso vacilante atravesó la nave y fué á la sacristía buscando una salida: allí ardía otra lámpara ante un crucifijo y pudo reparar en el brillo de unas monedas de oro y de una sortija que destellaba luces multicolores: eran las arras que tal vez olvidadas dejó la alegre comitiva. Tomó el joven la sortija y en ella vió dos iniciales; tal vez de su rival, que, en prenda de amor dedicaba á su ingrata amante. Sin saber lo que hacía, Manuel la metió en uno de sus dedos con pensamientos siniestros, y salió de allí.

Cuando estuvo en la calle sintió ideas tan terribles y tan negras como la densa oscuridad que lo envolvía y no pudiendo resistir ni el peso de su cuerpo, se apoyó en la pared y meditó largo rato, sin quererse convencer de cuanto le pasaba.

II

La casa de Magdalena estaba como ascua de oro. Todo era en ella acordes y algazara y alegría. El baile no cesaba y las risas y el bullicio atronaban buena parte de la calle.

Por fin cesó, aunque tarde. Los convidados se despidieron de los novios y estos quedaron solos.

Aquella mansión parecía un nido de ange-

les, labrado para recoger el aliento de dos almas que respiran un mismo amor, un mismo sentimiento.

Magdalena sentada en un rincón extremo escuchaba frases amorosas, tiernas y apasionadas de su esposo galante, que en vano agotaba todos los arranques de su pasión para hacer que ella pronunciara una palabra. Estaba pensativa y, ó la vergüenza y el pudor la turbaban, ó no quería mirar á aquel hombre á quien pertenecía desde algunas horas antes.

El retraimiento de ella aumentó la ansiedad de él y poco á poco eran mas tiernas sus palabras y su pasión más loca y más sensible. Ya estaban sus lábios próximos, ya era un solo aliento los dos alientos y cuando el amor iba á confundirse en ambas bocas por ardiente beso, una detonación seguida de un lastimero y moribundo ¡ay!, separó aquellos dos rostros que se miraron como asombrados.

La detonación había sonado inmediata, al pié de la reja de aquella misma habitación; y la servidumbre de la casa abrió las puertas y se puso en movimiento como si algo grave pasara.

El novio abandonó á Magdalena y fué á ver la causa de todo aquello. Pasaron momentos

de terrible ansiedad para ella, que algo triste presentía en su corazón; pero al cabo de un rato vió aparecer ante ella aquel á quien había jurado fidelidad hacía algunas horas; lo vió con el rostro descompuesto y que en la mano traía un papel y una sortija, objetos que arrojó sobre ella con desprecio.

Ella leyó:

«Adios Magdalena: mi gloria eras tú y no quiero vivir viendo que otro te llama suya.

Te perdona,

Manuel.»

Y antes que acabara de leer prosiguió el ofendido esposo:

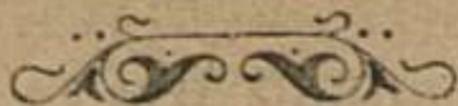
—Manuel viene á morir junto á tí; tú no me dijiste que había venido y lo sabías, puesto que la sortija que hace unas horas sirvió de prenda á nuestra fidelidad y á nuestro amor, estaba en la mano del suicida: sospecho que eres una infame y te abandono para no verte jamás...

V

Desde aquella noche se forjó el vulgo una historia triste para Magdalena, que, aunque no era verdadera, sirvió de castigo á su infidelidad para con Manuel; pues ella que era

esposa se veía abandonada de su marido como una adúltera; ella que era una virgen veía ultrajada y pisoteada su honra; y ella que era una mártir de las exigencias de sus padres y de la soberbia de los blasones, pasaba ante los ojos del mundo como una mujer criminal y detestable.

Que á veces la sociedad tiene castigo justo en sus injustas murmuraciones y deshonoras.



La boda

Siempre que el tío Juan salía de su casa su vista se dirigía hácia el mismo punto.

Miraba á otra casa blanca, que á unos cien pasos de la suya habia. Y era aquella mirada tan elocuente, que se veía salir en ella un odio terrible y amenazador.

Aquel año estaba la huerta que daba gusto verla. Los frutos eran abundantes y la cosecha prometia una pródiga entrada en los graneros. Ni aquel trigo temprano pudo ser más fecundo, ni los árboles podían con su preciosa carga que hacia arrastrar los ramajes por el suelo.

Hasta los tiernos pámpanos del emparrado de la puerta habian escapado de su prisión de cañas y huía nen desordenada fuga por el tejado de la casa.

Todo era para estar alegre y sin embargo el tío Juan tenia el ceño de mil demonios.

Muchas veces se le inundó un *cuartel* d

hortalizas por no mudar el agua á tiempo; y es que cuando dirigia su vista á aquella casa blanca, se le olvidaba todo y solo habia para él una cosa que le quitaba el sentido y le robaba el sueño.

Alguna vez mirando mirando, á la vivienda apretaba los puños, rechinaba los dientes pronunciaba palabras en voz baja, y algunas lágrimas asomaban á sus tostados ojos, ponían de manifiesto un gran dolor.

Cuando alguno le hablaba del buen año que prometía la huerta, se encogía de hombros y se mostraba indiferente, como si aquello que fué siempre su constante afán y su rudo trabajo, no le importara mucho, y mirando otra vez á la casita blanca decía:

—¡Pa qué quiero yo la cosecha, ni vivir, ni ná, si ella se muere!

En aquella casa vivían dos seres solamente: una madre vieja, muy *viejecica* y un hijo licenciado del servicio militar hacía un mes.

Una tarde estaba el tío Juan sentado en un ribazo, liando un cigarro para fumarlo mientras descansaba diez minutos.

Lo encendió y quedó pensativo viendo el humo subir en espirales, y como siempre, un acceso de rabia le hizo estrujar el cigarro entre sus dedos y arrojarlo lejos de sí.

El tío Antón trabajaba en los bancales inmediatos y se aproximó á aquel sitio para pedir lumbre con que encender una *pava* que tenía desde por la mañana.

—A la paz de Dios—dijo el tío Antonio.

—Buenas tardes,—contestó el malhumorado huertano.

—Parece que te pasa algo, Juan; yo te veo hace mucho tiempo muy *preocupao*, y porque ya sabes que no me gusta meterme en lo que no me importa, no te he *preguntao* más de una vez por la causa de tu *murria*. ¿Como está tu hija?

—Mi Fuensanta se muere, Antonio, está muy mala; pa mí que no llega á la siega...

Y El tío Juan miró á la casa blanca y se limpió dos lágrimas.

—Lástima de moza,—dijo el tío Antonio— ¡tan *colorá* y tan hermosa como estaba.

—Él tiene la culpa; pero si se muere mi hija, le costará muy caro. Mi hija le *tié* á Pencho un querer que la consume; y Pencho que la estuvo engañando antes de caer soldado, ahora viene y se casa con otra; y, claro, la muchacha se repudre, y se muere, tanto de que lo quiere con *toa* su alma como del *puntillo* que las mujeres tienen cuando son despreciás por otra. ¡Y por esa *revejía* que parece

que está tísica...!

—No te apures, Juan; si es el querer lo que causa la enfermedad de Fuensanta no temas. El querer es como el sarampión; *tos* lo pasamos y *tos* nos ponemos más ó menos graves; pero son pocos los que mueren del sarampión.

Alégrate mejor, porque esta enfermedad si pasa una vez tan solo y cuando se cura ya no nos repite más.

—Pero la *probe* está muy mala, Antonio; se la vieras *te se* caía el alma á los piés; yo creo que está tísica y quel día menos pensao se *quea* como un *pajarico* en la silla...

¡Lástima de mi hija!..

Tengo miedo de ir á mi casa porque lo primero que me pregunta cuando llego es: ¿ha venido Pencho? Y Pencho está aquí ya un mes y como yo sé que se casa con otra, engaño á mi hija y le digo que *no ha venido*.

Esta mañana *me se queó* muerta en brazos y *esvariando* me decía que fuera á buscarlo, que quería verlo, que se iba á morir sin ver á su Pencho á quien después de mí quería más que á nadie.

—Mira, Juan estas cosas me ponen muy *afligío*; yo buscaré al zagal le diré que vaya á ver á Fuensanta: á ver si así se anima ella y

se mejora.

—¡No, no quiero verlo porque como no ha de ser pa' ella aceleraría su muerte; no, no quiero que la vea... Yo le seguiré diciendo que *no ha venido*...!

II

Una noche había mucha gente en la choza del tío Juan.

En una cama pobre y miserable respiraba con el aliento fatigoso de la muerte la moza más hermosa de la huerta.

Su padre, en un rincón del cuarto, lloraba y pronunciaba palabras incoherentes y amenazas terribles.

La enferma se incorporó con trabajo y llamó á su padre, quien tambalenándose como si estuviera borracho por el dolor que torturaba su alma, se acercó al lecho y cubrió de besos aquel rostro de cadáver que reflejaba la muerte con todos los síntomas de la agonía.

—Padre ¿dónde está Pencho?—dijo Fuensanta con voz imperceptible.

—Y el tío Juan, como siempre, contestó con gran pena: ¡Hija, no ha venido!...

Y estrujando sus cabellos con las manos, parecía contener un pensamiento que quería salir de sus labios y al fin, dando rienda suel-

ta á su llanto exclamó: ¡Hija mía, no quiero que te vayas engañada por mí al otro mundo.. Ya que él te engañó, no debe tu padre mentirte... Mira, Pencho se casa con otra; mañana es la boda; á tí te ha despreciado!

Todos se fijaron en el rostro de la moribunda, pero ya no pudo hablar: miró á todos lados como buscando con sus ojos á Pencho, y no hallándolo, trazó una sonrisa de amargura y espiró.

.

III

Mozos y mozas vestían á otro día trajes de gala; refajos encarnados, mantos de raso, sombreros nuevos y chalecos bordados, sobre camisas blancas y limpias... Iban de boda.

Llegaron á la casa de la novia y allí estaba Pencho contento y satisfecho, dispuesto á ir á la iglesia con su moza, para ser su marido.

Aun no era hora, y comenzó el baile para hacer tiempo.

De pronto, calló la guitarra, cesó de bailar la pareja y Pencho miró á la puerta y palideció como si hubiera visto una sombra del otro mundo.

Era el tío Juan. Dijo que tenía que hablar

con el novio para darle el último encargo de su hija y Pencho que no era cobarde, se repuso de su sobresalto y salió de la casa.

Y andando, andando, llegaron á la casa del tío Juan, donde estaba Fuensanta de cuerpo presente...

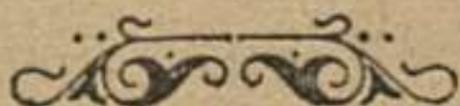
Pencho dudó en entrar; pero el padre le dijo:

—Pasa, si ya está muerta, ya no te dirá nada, ni te echará en cara tu conducta; pasa para que la veas por última vez.

Y cuando estuvieron cerca de la muerta, una oleada de sangre subió á la cabeza del tío Juan y cogiendo por el cuello á aquel que tanto le habia hecho sufrir, tuvo el gusto de verlo espirar entre sus manos.

Cuando estuvo tendido á sus piés, el tío Juan respiró fuerte y como satisfecho exclamó con gozo salvaje.

—¡Fuensanta; *ya ha venido*, ya lo tienes durmiendo á tu lado... ¡Que vengan y te lo quiten ahora..!



Como la Yedra

Me dijeron que Rosendo estaba en la cárcel y me sorprendió la noticia.

¡Rosendo en la cárcel!...! ¿Y por qué?

¡Pero si Rosendo fué siempre el más *hombre de bien* de la comarca!

Me resistí á creerlo y corrí á convencerme por mis propios ojos. Por el camino dudé al pensar siempre en la honradez de aquel hombre; pero á ratos me explicaba el hecho justificado por un solo motivo... Disputas surgida con algún vecino sobre la *tanda* del riego... Acaloramientos que ciegan á veces á las almas más pacíficas... Un momento de esos en que los hombres más inofensivos pierden su calma habitual y esgrimen una herramienta contra el prójimo, que cae muerto á sus piés... ¡También los hombres honrados se ven á veces precisados á matar...! No es extraño que Rosendo esté en la cárcel en estos tiempos en que la granujería y la maldad van picando en todos los corazones hasta provocarlos y excitarlos á la contienda.

Y así pensando llegué á la cárcel.

Entré por aquellos lóbregos y mugrientos pasillos; llegué al patio donde infinidad de criminales reían y bromeaban libres del peso de sus conciencias; busqué con la vista á Rosendo y no hallándolo entre aquella cáfila insensata de malvados en su mayoría, pregunté y me llevaron á su calabozo.

Entré en él y tuve que esperar un buen rato á que mi vista se acostumbrara á ver en aquella oscuridad. Poco á poco se fué dibujando la silueta de un hombre viejo ya en medio de la lóbreguez que crispaba los nervios; pero Rosendo no estaba solo: una mujer había allí á quien al poco me conocí: era su hija. Rosa, la garrida moza que fué siempre la alegría de aquel pedazo de tierra que su padre cultivaba; Rosa se llamaba, y en efecto era rosa nacida al amparo de aquellos pomos de azahares y entre los arrullos cariñosos de los cañares de aquel pedazo de huerta.

Cuando me vieron, Rosendo se abrazó á mí y Rosa empezó á llorar amargamente. Yo cada vez estaba más confundido ante aquel cuadro inesperado.

¿Qué ha pasado?—dije por fin ardiendo en deseos de saber los motivos de aquel encierro.

Y Rosendo, después de enjugarse unas lágrimas comenzó á contarme de esta manera:

Yo como sabes —dijo— era un hombre honrado... y aun lo soy, sí, aun lo soy... No deshonra el matar cuando la muerte de un ser lava una mancha: la mancha en la honra... Y cuando uno ha llegado á viejo después de muchas fatigas por conservar su frente limpia de todo estigma, cuando uno ha conseguido ver blanquear sus cabellos sin que empañe su blancura la más leve mancha y de pronto se ve rodar por el cieno de la vida y enfangarse entre las babas de un miserable sesenta y cinco años de existencia honrada entonces se mata como sea: frente á frente si hay quien dé la cara, por la espalda si huye el criminal cobardemente... Todo medio es bueno cuando se trata de volver por la honra herida y por la inocencia seducida... El cuerpo carnívoro merece cualquier muerte por ignominiosa que sea, cuando trata de llevarse una á una las palomas de nuestra casa, las ilusiones de nuestra alma.

Tu eres muy jóven—añadió—muy jóven y no puedes hacerte cargo de ese amor tan profundo que sienten los padres por sus hijos... Tú eres muy jóven... Cuando tengas hijos comprenderás mi crimen.

Muchas veces que tú ibas á la puerta de mi barraca en tus paseos acostumbrados te hablé de mi hija, de Rosa, de éste ángel que me dejó su madre para que yo no muriera solo, triste y viejo, como la yedra cuando le falta el tronco para asirse... Yo te dije alguna vez que por mi Rosa sería capaz de todo, del crimen, de la deshonra, de dar la vida... Pues bien llegó el momento de probar mis palabras. ¡Quién lo pensara!

Hacía bastantes días que Rosa se levantó triste, pensativa, con los ojos amoratados, con la cara amarilla; si iba á la acequia á lavar no cantaba como antes; si iba á la huerta á regar los rosales, no volvía con la cabeza cubierta de rosas y el pecho adornado de jazmines... Esto me hizo pensar y pensé mucho, mucho, hasta que al fin llegué á creer que sería cosa de que hacía unos días había quedado mal con su novio, con Pencho... ¡Maldito sea! Bien pronto me desengañé de que aquello no pasaba, como yo creía, con el tiempo... Cada día iba Rosa pareciéndose más á un cadáver, comenzaba á huir de mí, ¡de mí! que era como la yedra á quien prestaba apoyo, la única hija que dios me concedió...

Entonces le pregunté; ella se negó á decirme la causa de su daño; yo insistí mucho, mu-

cho, como la yedra que siente que el tronco se desploma y que tras de el tronco rodará ella también al suelo para ser reducida á polvo...

Por fin un día con el miedo de quien ha cometido un gran delito, me confesó una cosa, que me puso los pelos de punta.. ¡Quien había de creerlo! ¡Mi hija deshonrada por aquel granuja que la había engañado cobardemente!... ¡quién había de creerlo! Lo que sentí no lo sé explicar. Primero quise odiarla á ella; pero no pude. A medida que pasaban los días mi odio, si era odio lo que yo sentía por esta desgraciada, se convirtió en compasión y en pena.

¡Si era mi hija! ¡Mi hija que se moría tísica poco á poco, y que morirá sin duda antes que salgamos de aquí!...

(Esto lo dijo Rosendo sollozando y arrimando su rostro á mis oídos, humedeciendo mi cara con sus lágrimas... No quería que Rosa oyera aquella sentencia terrible.)

Esperé á que mi cerebro se despejara y pensara en alguna idea que solucionara aquel tormento que sentía dentro de mi alma. Y ví la solución, no había más que una.

Busqué á Pencho en vano. Y desesperado

ya de no encontrarle, dediqué todos mis cuidados á Rosa que cada día empeoraba.

Un día me levanté decidido á saciar la sed de venganza que me ahogaba ya el pecho y me mataba. Y creció mi ánsia al oír decir á mi hija:—Ya ves, padre, no vuelve; me dijo que volvería y no vuelve... ya lo consiguió todo, ahora se casará con otra.

Y yo entonces sentí surgir en mi pecho un deseo tan grande de matar que todo lo hubiera dado por saciar mi apetito de sangre, como nunca lo sentí.

Aquel día estaba mi hija muy mala. La dejé sola y juré no volver á mi barraca sin sangre de Pencho en mis manos.

Tuve suerte. Era muy temprano y á los pocos pasos ví á un hombre que receloso y ligero cruzaba la senda... Ya sabía yo que aprovecharía la niebla del amanecer para ir á la ciudad cuando algunos días, que eran pocos, iba á su casa, de casa de sus amos,

La alegría que sentí fué inmensa. Miré una gran valla que nos separaba y me creí en aquel momento más fuerte que ella... Me sentí capaz de derribarla al tropezar con ella.

Lo alcancé y cuando quiso defenderse ya tenía hecho dos el corazón.

Entonces gocé; sentí placer, ese placer que

siente el alma cuando vé satisfecha una venganza... ¡Justa era la mía! porque yo le había quitado la vida; pero él me había quitado la honra y la vida de mi hija.

Al caer tropezó con la bardiza: la yedra que subia por las cañas se desprendió y cayó sobre su cuerpo cubriéndole la cara... ¡La yedra protegía mi crimen y besaba en él, dándolo por bueno!

Corrí á la barraca, y con la alegría de quien vá á mostrar una obra buena, cogí á Rosa de la mano, la llevé al sitio donde estaba el cuerpo sin vida y se lo mostré...!

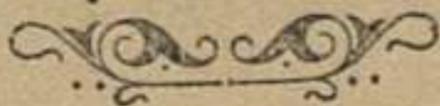
—¡Padre, qué has hecho?—me dijo.

—Como la yedra—le contesté—como la yedra... Le quitan su apoyo y cae y al caer encierra entre sus hojas al insecto que roía su tronco, y el insecto muere. Yo soy la yedra hija mía! ¡Como la yedra hice!

...Y ya ves, estamos aquí, presos,...

Rosa por salvarme dijo que ella lo mató, yo lo negué y me confesé autor; y en esta duda aquí nos tienen mientras la justicia no compruebe la verdad... Aquí como la yedra, que no tiene luz ni agua, cayendo poco á poco y á medida que ese apoyo que le sirvió de tronco vá cediendo al peso de la muerte...

¡Como la yedra..!



Oro molido

I

Apropósito de aquello de que *no es oro todo lo que reluce*, me viene á la memoria la interesante historia de un hombre conocedor del mundo y de sus pompas, el cual supo con mucho ingenio aprovecharse de las debilidades de nuestra sociedad.

D. Basilio, que así se llamaba, frisaba en los cuarenta, de los cuales venticinco los había pasado en las oficinas del Estado entorpeciendo expedientes y emborronando pliegos sin conseguir otra cosa de aquella meritísima campaña, que cobrar á fin de mes lo que ya había gastado con exceso en las necesidades de su casa.

Era viudo con tres hijas solteras, únicos séres que le preocupaban en la vida; porque tres hijas casaderas que son feas por añadidu-

Oro molido

I

Apropósito de aquello de que *no es oro todo lo que reluce*, me viene á la memoria la interesante historia de un hombre conocedor del mundo y de sus pompas, el cual supo con mucho ingenio aprovecharse de las debilidades de nuestra sociedad.

D. Basilio, que así se llamaba, frisaba en los cuarenta, de los cuales venticinco los había pasado en las oficinas del Estado entorpeciendo expedientes y emborronando pliegos sin conseguir otra cosa de aquella meritísima campaña, que cobrar á fin de mes lo que ya había gastado con exceso en las necesidades de su casa.

Era viudo con tres hijas solteras, únicos séres que le preocupaban en la vida; porque tres hijas casaderas que son feas por añadidu-

ra, son motivo para que cualquier padre pobre pierda el sueño.

Por entonces era D. Basilio un empleado de seis mil reales en la Delegación de una provincia, cuyo nombre no hace al caso, y su pequeño sueldo no daba de sí para lujos en la ornamentación de su casa, ni en la indumentaria de sus hijas; por lo cual estaba contrariado mi buen hombre y venga cabilar y cabilar para que las niñas pudieran *colocarse* como Dios manda.

Aunque es cosa sabida que los padres nunca encuentran defectos en los hijos, D. Basilio se había hecho cargo sobradamente de la fealdad de sus muchachas, hasta el punto de asegurarse la vida, haciendo un sacrificio muy grande para que al morir no se vieran aquellas tres virgenes en la mayor miseria, huérfanas de padre y madre y sin esposo.

Muchas veces, pensando en esto se echaba sus cuentas y decía: —Si al menos fuera rico ya sería otra cosa; los defectos de las formas serían cubiertos por las brillanteces de la seda; la fealdad de sus rostros se atenuaría con destellos de brillantes y las pesadas cadenas de los lazos matrimoniales, serían leves y ligeras con la música del oro en los oídos..... Pero ¡ay! por desgracia tenían que ser la risa

de la gente por estar obligadas á lo cursi, que ponía de relieve las imperfecciones mil de aquellas tres criaturas.

Y D. Basilio piensa que piensa para resolver aquel problema transcendentalísimo, y el problema duro que duro y el tiempo pasa que pasa..... y las niñas también.

Una madrugada despertó D. Basilio, y como lo mismo al despertar que al acostarse siempre bullía el mismo asunto entre ceja y ceja, vuelta á sus cálculos y á sus proyectos. De pronto dió una palmada en su frente, saltó del lecho y como otro *eureka* de otro nuevo Arquímedes, resonó en todas las habitaciones de la casa un ¡ya lo encontré! que salió de sus labios como un trueno y fué á despertar á las tres doncellas que á pierna suelta dormían.

Se figuraron que su padre se había vuelto loco y no se convencieron de lo contrario hasta que él abrazándolas les decía:

—Hijas mías, desde mañana comenzará otra vida para vosotras: vais á ser ricas, voy á ser rico. ¡Ya somos millonarios!

Y estas razones que debieron confirmar la locura de aquel padre, fueron bastantes para convencer á las hijas de que estaba cuerdo.

Siempre fueron cuerdas las locuras que nos agradan y nos lisonjean.

Pero no estaba loco D. Basilio, no; había resuelto el problema y tenía casi seguro el medio de casar á sus tres hijas en una semana, como verá el lector, si es que me sigue, apoyado en la paciencia y alentado por la curiosidad.

II

Era el onomástico de D. Basilio. Desde la víspera no habían cesado de entrar y salir criados de las principales casas de la población con riquísimos regalos.

Era indudable que el empleado de seis mil reales había mejorado de fortuna.

En efecto; en todas partes no se hablaba de otra cosa que de las talegas de *oro molido* de D. Basilio y de una mina de su propiedad que allende los mares le había dejado un tío al morir.

Los políticos no lo dejaban solo ni un momento y pronto le ofrecieron un acta de diputado por el distrito.

Sus hijas ya no eran tan feas: una que había muy chata y medio bizca, lo cual antes causó la risa de todos, hoy ya parece que aquella chatura es distinguida y elegante y aun el defecto de su vista ya se mira como una gracia más en su persona.

Sus diamantes eran los más gruesos de to-

dos los que se veían por teatros y paseos y su modo de vestir el de más gusto y riqueza.

Ya se las disputaban los pretendientes y se rompían las narices por conseguir un suegro que les pagara la elección,

Ya la tercera estaba haciéndose el ajuar por haber sido pedida su mano para un jóven heredero de una casa noble.

D. Basilio estaba satisfechísimo, y también gozó de las ventajas de la política siendo un *magister dixi* en todos los círculos y reuniones, con toda la elocuencia que dá el dinero.

Las tiendas que antes le mandaron la cuenta al finalizar el mes y amenazándole que no le fiaban un día más si no pagaba aquella, ahora dejan transcurrir meses y meses sin molestar á D. Basilio; y cuando este pide que se le presenten las facturas, le contestan que *no hay prisa* y que dispone de las tiendas.

Y todo esto por los sacos de *oro molido* y por la mina de allende los mares.

Tanto se habló en todas partes de las talegas de D. Basilio, que la noticia cundió de pueblo en pueblo y llegó á despertar la codicia de más de cuatro amigos de lo ageno.

Y ocurrió que unos malhechores desalmados acordaron en solemne sesión secreta de aliviar á D. Basilio del peso de las talegas.

Una noche dormían este y su hija menor (si

es que duerme una joven en vísperas de casarse); asaltaron la casa los ladrones y sacaron el oro que contenían tres enormes talegas.

Nadie los oyó y lograron llegar á los campos y refugiarse en sus guaridas.

Al día siguiente D. Basilio dió cuenta del suceso y pronto corrieron guardias y más guardias en persecución de los foragidos. Pronto dieron con ellos y fueron encarcelados.

En su primera declaración dijeron los ladrones que ellos habían robado las talegas creyéndolas repletas de *oro molido* y al abrirlas se encontraron con que lo que contenían era sucio mineral de plomo.

Entonces comenzaron las dudas y las sospechas á ensañarse con D. Basilio, y las visitas se sucedían con frecuencia para escuehar de labios de aquel hombre extraño la explicación de aquel fenómeno. Cuando estaban todos los prohombres reunidos en su casa, D. Basilio los preparó para que oyeran una revelación de gran importancia; siguió un silencio sepulcral y habló de esta manera:

—Señores, yo pudiera decir sin infundir sospechas que el oro de mis talegas había sido sustituido con ese mineral de plomo por los ladrones; pero voy á confesar la verdad

seguro do que Vds. me lo perdonarán en gracia á que mi fin fué solo el evitar á mis hijas la orfandad con la más espantosa miseria.

Yo ni he tenido tío alguno en América, ni tengo mina alguna.

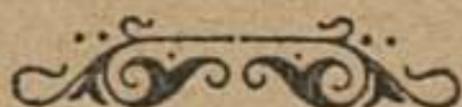
Esos talegos que para todos fueron de oro molido, los llené yo mismo con ese mineral de plomo é hice cundir la voz de esa mina prodigiosa.

Pronto obtuve mi propósito: me buscaron Vds., me hicieron político, diputado y casé á dos de mis hijas; la tercera estaba en vísperas de casarse y siento que los ladrones hayan descubierto el tesoro antes de que realizara su boda; pero no habrá inconveniente porque los negocios con que ustedes me han favorecido, me han proporcionado fortuna para llenar muchas talegas de oro.

Todos han llevado un castigo á su codicia; desde el cacique que vió en mí un remiendo para su política, hasta los ladrones que han llevado y traído sobre sus hombros, sendos quintales de plomo que les habrán molido los huesos.

Y ahora ya se convencerán Vds. de que el dinero es el Mefistófeles de la humanidad...

—ii!!



El maquinista

Al toque de campana entraban todos los operarios del taller. Cambiaban sus chaquetas por las blusas, dejaban sus sombreros en las perchas, apuraban con ánsia la colilla del cigarro y frotándose las manos cada cual iba á colocarse en su puesto. Al poco empezaban las ruedas á moverse con indolencia, así como si sintieran la pesadez que sienten los miembros humanos al dejar el descanso en las primeras horas de la mañana; el gemir de las correas al ondular sus movibles parábolas era un bostezo con que las máquinas desentumecían sus músculos de hierro para disponerse á la faena.

Poco tiempo después todo se movía con vertiginosa furia y se estremecía con las fecundas convulsiones de la labor. Y en medio de aquel estruendo estridente, cantares y can-

tares saliendo de los labios, iban á confundirse con el rechinar de los engranes y con el gemido de los ejes.

En una de las máquinas grandiosas del taller se destacaba un hombre alto, moreno, de rostro inteligente y de fruncido entrecejo en que se reflejaba el constante bullir de una idea fija. Gobernaba la máquina con destreza suma y no desplegaba sus labios para nada, que no fuera una orden, algo que á su trabajo fuera anejo.

Marcial era su nombre, y dicen muchos que jamás lo encontraron de tan mal ceño y en tan extraordinario silencio.

Marcial había crecido junto á aquellas ruedas, allí se educó, allí recibió sus primeras nociones de mecánica, porque su padre fué maquinista de la fábrica y tuvo decidido empeño en que su hijo lo fuera también.

Murió su padre y Marcial fué su único heredero y heredó, lo que heredan los pobres, un puesto en una máquina y un jornal, no muy largo, á modo de protección espléndida de un amo, en atención á los buenos servicios de aquel padre.

Y Marcial le tenía una ley á aquellas piezas, que al desmontarlas y volverlas á atornillar, sentía con el contacto de aquel hierro las

mismas emociones que un avaro cuando siente la impresión entre sus dedos de las monedas de oro que recuenta.

Era Marcial así como una propia pieza de aquel aparato, no pudiendo vivir el uno sin el otro; porque alguna vez que estuvo enfermo este operario, la máquina extrañó nuevas manos y también pareció enferma descomponiéndose.

Desde que murió el padre de Marcial, éste no tuvo más afanes que sus horas de entrada, ni otro ser á quien amar sino á su máquina.

Cuando tuvo penas á ella se las contó tan solamente y no pocas veces rodaron por los hierros de sus ejes las lágrimas amargas que brotaron de sus ojos.

Cuando tuvo alegrías cantó siempre al compás de su ruido las dulces emociones de su alma, como si aquellas ruedas vertiginosas fueran el clavijero que él pulsaba para templar las cuerdas que habían de acompañarle sus cantares.

Marcial tenía allí puesta media vida: hasta su sangre regó más de una vez el sucio hierro, cuando distrajo su atención en otras cosas que debían preocuparle, y la máquina le mordía los dedos de rabia como diciéndole: ¡no pienses más que en mí! Era celosa.

No hacía mucho tiempo que Marcial estuvo á punto de ser devorado por las furias de aquel férreo monstruo. Andaba cabizbajo y sombrío y pensaba en alguna de esas cosas que á veces se nos agarran tan dentro, que hay que cerrar los ojos para verlas y hacen perder la calma y el sosiego. Lo cogieron las ruedas y á no acudirun diestro compañero, hubiera perecido sin duda.

Después le oyeron hablar sólo con la máquina como dándole íntimas satisfacciones.

—Tienes razón—decía—debiste estrangularme entre tus volantes; ¡se pone uno á ratos tan imbécil...! Confieso que no debo pensar más que en tí; tú eres mi única amiga verdadera, tú sola me sabes consolar en mis penas y acompañar en mis alegrías; tú sola me comprendes en el mundo y debes castigarme cuando las miserias de la vida separan mi pensamiento, que siempre fué tuyo, de tu lado...

Y le decía todo eso al monstruo de hierro como si pudiera oirlo, como si se lo contara á una madre cariñosa, á quien no había conocido. Marcial era casado hacía cuatro años. Se vió solo en el mundo y quiso compartir sus puros afectos entre su máquina y una mujer que con él formara su hogar honrado y fe-

cundo para vivir en paz y en gracia de Dios.

Su mujer, vanidosa y puesta en las cosas de la vida, pronto amargó las horas del esposo con exigencias tontas y menguadas; y Marcial que la quería como á las niñas de sus ojos, sufrió horribilmente desdenes y despegos, hasta amenazas vergonzosas de aquella esposa injusta y vulgar.

Estas eran desde hacía algún tiempo las preocupaciones de Marcial, por las que fué castigado con los celos de la máquina. ¡Qué diferencia de una á otra!

El mónstruo, todo cariño, todo actividad; todo vida, todo alegría, todo fecundidad; la mujer, desprecio, indiferencia, muerte, esterilidad... ¡ni aún fecunda! Sólo esa gracia la hubiera redimido á los ojos de Marcial.

Y él sentía esa poesía de la vida del hogar, esa belleza del ambiente que rodea á dos seres que se aman mucho y que viven una sola vida y que tienen un solo pensamiento y que lloran unas mismas lágrimas y que rien unos mismos gozos, embriagándose en una esperanza común...

Marcial soñó otra cosa. Una mujer que lo enloqueciera á besos con su amor ó lo ahogara entre sus brazos con sus celos... ¡Como la máquina!

¡Pobres ilusiones!

Por fin sucedió lo que fué. Los sueños de grandeza de aquella mujer mala, fueron halagados por alguien criminal; y algo hubiera ganado aquel esposo victima, si hubiera dado fin á sus propósitos de una noche, en que tuvo ya el brazo levantado para acabar de una vez con aquella vida ruín que envenenaba la suya.

¡Pero la quería tanto...!

Un dia fué Marcial á su casa y en ella no encontró á nadie. Buscó por todas partes y solo cuatro lineas encontró en un papel en el que su mujer se despedía para siempre de él. Se iba con otro! Pero se iba muy lejos, muy lejos, donde no podría encontrarlos; de no ser así, Marcial hubiera hecho lo que corresponde á los hombres en tal caso... ¡qué desesperación! ¡No tener el consuelo de saciar su apetito de venganza!

Y Marcial reflexionó, recobró su calma y recordó su máquina. Ya era hora y lo esperaba; tal vez como otras veces, le inspirara aquel mónstruo cariñoso algún consejo, le diera alguna luz y calmara su inmenso dolor, su amarga desventura...

.
!Aquella tarde si que estaba Marcial ceji-

junto y sombrío! Se puso en la máquina y no hacía nada de provecho. Pensaba y pensaba hasta quedar aletargado largo tiempo. Entretanto todo se movía indiferente y vertiginoso y se estremecían las ruedas con las convulsiones de la labor, mientras cantares y cantares saliendo de los labios, iban á confundirse con el rechinar de los engranes y con el gemido de los ejes.

De pronto sonó un grito de dolor.

Cuando todos volvieron la cabeza hácia el punto de donde había salido, se encontraron un triste cuadro que horrorizaba. Marcial, cogido por las correas de trasmisión fué rápido como un rayo al volante de la máquina, que estrechándolo entre sus brazos de hierro, destrozaba su cuerpo y salpicaba de sangre techos y paredes. ¡Los celos, los celos! El último abrazo de la máquina que apurando su amor salvaje, estrechaba á Marcial con cariño de muerte, y como siempre, le daba el remedio de sus penas entre el bárbaro gemir de sus enormes piezas; porque entonces, gemía la máquina como nunca, con dolor estridente, inmenso.

Y los que vieron á Marcial llegar hasta la rueda, dicen que sonreía con alegría feroz como diciendo: ¡Bendita seas, máquina; tú si

que me quieres... es así quería yo el amor,
como el tuyo... yo no debí pensar más que en
tí... te falté por una mujer mala me castigas y
me abrazas con desesperación para matarme.
—¡Tú si que me querías...!



VERSOS

Gérmenes

Allá en los más hondos
eriales del alma,
de gérmenes santos
que nunca se acaban,
tengo yo como flores deshechas
un vergel que fecundo con lágrimas.

Yo me asomo al abismo sin lindes
y los riego con tristes miradas
y ellos crecen y crecen, saliendo
en racimos de estrofas que cantan.

Y en estos eriales
que un mundo retratan,
siempre un germen palpita. El idilio
tiene allí sus endechas rosadas,
y la flor de la pena tampoco,
tampoco les falta...

¡Quién pudiera arracar de un suspiro
esa flor que envenena y que mata...!

Yo los siento brotar allá dentro
y poblarse de tiernas guirnaldas,
cuando el mundo los riega y los besa
con alientos de cosas humanas...

Al dolor de la madre que llora,
á la voz del soldado que canta,
al gemir del esclavo que sufre,
á los ecos del mar cuando brama...
Cada ser, cada luz, cada sombra,
es un germen bendito en mi alma.

Memorias que vienen
de cosas pasadas;
reliquias de un gozo,
fragmentos de un ansia;
ilusiones que fueron deshechas,
desengaños, amor, esperanzas:
de mis horas más bellas, las risas,
de mis horas mas tristes, las lágrimas...
todo deja en mi ser una huella
fecunda y sagrada.

Ni el tiempo la borra,
ni el llanto la saca,
ni el sol la deshace,
ni el frio la mata...
¡porque á veces de pena y de frío
se hielan las almas!

Pero viven y viven: las llevo
como aliento de Dios que derrama

esa lluvia de gérmenes santos
que cantares me dan por guirnaldas.

Se mustian á veces
y á veces se callan,
porque no tienen sol que las bañe
ni amor que un arrullo les preste en sus alas...
Cuando tenga á mi lado unos ojos
y me den el calor sus miradas;
cuando sienta el aliento en mis labios
de esas brisas de amores que embriagan;
cuando un pecho me preste su apoyo
si mi frente se inclina cansada,
cada germen entonces, un mundo
mostrará entre sus flores lozanas.

El mundo que llevo
sembrado en el alma
de gérmenes ricos,
de luz, de esperanzas,
de ilusiones benditas, de dudas
y de odios y de ansias...
¡que los odios también los sembraron
y los van obligando á que salgan!
Pero no son los odios que rugen
ni tampoco los odios que matan;
son aquellos honrados y puros
que engendraron soberbias humanas.
Los que lloran mirando al que sufre,
los que al son de cadenas se inflaman,

los que en sombras se afixian, y piden
la luz que les falta...

¡Esos odios son nobles y santos,
y por eso los llevo en el alma!...

. ,
Yo busco unos ojos
que en una mirada
fertilicen el páramo triste
y lo adornen con flores y palm as...
Mas ni encuentro esas luces, ni tengo
el calor de un suspiro, ni alcanza
ese apoyo bendito mi frente
si el calor de la fiebre la abrasa...

Condenados á muerte están todos
esos gérmenes ricos que aguardan
el amor que los riegue y los bese
con una palabra,
y camino y camino y no encuentro
ni sol que me alumbre, ni brisas lozanas,
ni vida, ni alientos,
ni amor, ni esperanzas.
En tanto yo espero
las horas lejanas,
en que tenga otra vida mi vida
más fecunda que el beso del alba,
para ver el espléndido y rico
diluvio de flores que brota en mi alma...

A Salvador Rueda

Son tus versos cascada luminosa
que el manantial fecundo de tu pecho
vá deslizando por florido lecho,
como arroyo de luz, de rosa en rosa.

Es tu estrofa brillante y cadenciosa
trenza de plata; por su cauce estrecho
de diamante y zafir salta deshecho
un diluviar de pedrería hermosa.

Como notas en flores engarzadas,
brotando van estrellas matizadas
en alegre cantar dulce y sonoro;

y es tu aliento la brisa en que se mecen
los cálices bruñidos, que parecen
perlas temblando en campanillas de oro.

Rima

.....

Entraba en el salón como una reina
mostrando al aire el seno virginal;
los hombres la miraron codiciosos
al ver aquellas formas palpitar.

Sonó la orquesta, cadenciosa, alegre,
y á la indolente ondulación del vals
presa entre brazos de pasión febriles
la virgen casta vá...

Dice la aristocracia que eso es cosa
de buena sociedad.

.
.

Era mi único amor. Yo la quería
más que á mi propia gloria, mucho más.
Sobre su mano blanca cierta noche
un beso fuí á estampar...
igual que el beso de la madre al hijo
de consagrado y de divino, igual.

¡Creyó ofendido su pudor entonces
aquella vírgen que excitó en el vals,
y retiró la mano!... ¡Eso no era
de buena sociedad!

Himnos Nacionales

Es mi patria lira eterna con brillantes cuerdas de oro,
cada rayo que el sol vierte dá una nota en una flor,
y es el himno tan fecundo, y es el canto tan sonoro,
que al pulsarlo nuestras manos brotarán como un tesoro
infinitas melodías de la gloria y del amor.

De los himnos de mi Patria no murieron los cantares
en la tumba del soldado,
como frágiles banderas en el fondo de los mares;
son sus himnos belicosos las estrofas seculares
que aun escriben en la tierra nuestras glorias del pasado

¡No murieron todavía...! ¡Cuántas veces me he dormido,
al arrullo de un cantar;
del cantar que á mi cerebro para siempre llevo unido
desde aquellas tiernas horas que latieron á mi oído
en los labios de mi madre y á la lumbre de mi hogar!

Mientras flote en las llanuras esa clámide amarilla
salpicada de amapolas
y el acorde cadencioso de los cantos de la trilla,
ondearán llenas de gloria por los campos de Castilla
con espigas y con flores las banderas españolas.

Mientras suenen los acordes de los aires populares
y se escuche una canción
al rasgar de una guitarra que, vibrando en los hogares
preste el eco más hermoso de los bélicos cantares,
ese cántico valiente de la tierra de Aragón.

Mientras llegue á los oídos el rumor aun no apagado
que en el viento vive y late,
el suspiro de la muerte que los mares ha cruzado,
como el alma que se escapa por los labios del soldado
solo y triste y sin alientos en el último combate.

Mientras recen en los templos las mujeres enlutadas
con patriótica piedad
por los mártires sin nombre, por las vidas ignoradas,
que arrancaron de sus brazos para ser sacrificadas
en el nombre sacrosanto de la santa libertad.

Mientras ruja por los mares el fragor de la tormenta
con el triste quejumbrar
de los hijos de la Patria..... un gemido que aún lamenta
los amores que encontraron bajo el agua turbulenta
el sepulcro de sus glorias encerradas en el mar,

sonarán por los espacios los patrióticos cantares
sin poderse contener,
ya pulsados en las cuerdas ó en las aguas de los mares,
ya en la mística plegaria que se pierde en los altares
ó en el canto de los ríos á su espléndido correr.

Pero el himno de los himnos de mi Patria, es el no es
(crito

el que no tiene canción;
el sonido más sublime, la plegaria de aquel rito
que las almas aprendieron, tan sagrado, tan bendito,
que es el génesis grandioso de la humana religión.

Yo escuché sus infinitas y confusas melodías
de alborada celestial,
como acordes vigorosos de salvajes alegrías,
y á sus besos chispeantes, engendrar mil armonías
en los yunques, los martillos, en el trigo, el pedernal.

Es el himno del trabajo, que grandioso se levanta
como nuevo trovador;
y en las notas que prodiga con su indómita garganta,
de esperanzas y de amores tanta vida es la que canta
que parecen sus alientos de gigante gladiador.

Las entrañas de la tierra nos ofrecen copas de oro
y coronas de diamantes;
hay que dar con nuestros brazos en el pródigo tesoro
y entonar en esas copas nuestro brindis más sonoro
y ceñir en nuestras frentes las coronas más brillantes.

Entonemos en el alma la canción de las canciones
la plegaria universal;
mientras vibren por los aires las estrofas, en sus sonos
llevarán hasta los cielos esas férreas oraciones
y tendrá sus himnos de oro la bandera nacional.

La rueca

De aquel tosco vellón sucio y mezquino
que pródiga brindó la oveja ociosa,
supo sacar la rueca laboriosa
el sayal del errante peregrino,

el rico manto pudoroso y fino
que cubre el rostro de la casta esposa,
la clámide pagana de la diosa,
el niveo paño del altar divino.

Laboremos así: como la rueca
que en regio manto el tosco vellón trueca,
preste la mano á la labor aliento;

y así troquemos á la luz del día
la tierra en fruto, el aire en melodía,
la espiga en pan y en oro el pensamiento.

Camino de la tumba

Para M. Eduardo Pardo

El sol iba cayendo
hacia su tumba eterna;
á orillas del camino
siguiéndonos al lado de la acequia,
los mustios girasoles
doblaban sus cabezas
y miraban al suelo
rendidos de tristeza.

Debajo de unos sauces
quedó tu compañera
muy cerca de los cielos,
en un lugar sagrado de la sierra.

Yo ví correr el agua
y suspirar muy cerca;
lo mismo que el cadáver, la corriente
iba buscando su morada eterna.

Las hojas amarillas
que por el suelo ruedan,
también buscan descanso
arrastrándose tristes por la tierra.

Ya comenzó el Otoño
esa página negra
con estrofas de lágrimas
y con fúnebres letras;
ya comenzó sus crímenes
y entre sus manos secas
oprime las gargantas
de los seres que gimen sus dolencias.

Con su aliento de hielo
barrió las hojas secas
y cubrió de mortales palideces
las rosas juveniles de la huerta.

Agua abajo va todo
lo que en la vida alienta,
buscando lo infinito
entre las alas de la muerte fiera;
agua abajo las hojas,
agua abajo grandezas,
agua abajo las vidas...
¡todo buscando la morada eterna!

Amores y hojas

Reprimiendo en el pecho una congoja,
cuando llega el Otoño salgo al prado;
me siento sobre un tronco ya tirado
mirando como el bosque se despoja.

Cada soplo del viento al suelo arroja
girones de un ropaje marchitado:
es el eco perdido del pasado,
es la danza macabra de la hoja.

Así, como los ecos de otros días,
borrascas de pasadas alegrías
llevo dentro del pecho prisioneras.

Si un recuerdo al soplar turba la calma,
siento en el triste Otoño de mi alma
choque de palpitantes calaveras.

Confidencia

Tuve ayer una breve confidencia
con una flor: mi mano
un pétalo tras otro con paciencia
quitó al cáliz temprano.
Fué por tí la consulta, dudas mías
la rosa resolvió;
pues yo le pregunté si me querías
y me dijo que no.
Mas cuando el postrer pétalo me daba
tan triste desconsuelo,
tal vez es que su cáliz ya miraba
deshecho por el suelo.

.
También has dicho tú que no me quieres
después de tanto amor,
pero lo dices tarde... vamos, que eres
lo mismo que la flor.

Abriendo el balcón

De aromáticos perfumes
se llenaron mis balcones;
penetraron las canciones
de los pájaros de Abril,
inundándome de luces
un diluvio de alboradas
como ricas bocanadas
de la esencia del pensil.

Los cipreses de los huertos
embriagados en la orgía
que les brinda el nuevo día
de colores y de olor,
lentamente cabecean
en los cármenes floridos
y es hamaca de los nidos
su castísimo verdor.

Esto es vida; no los tristes
y furiosos aquilones
del invierno; los botones
á las ramas pomos dan
y revientan como estrellas

ya de nardos, ya de rosas,
esas lluvias primorosas
que nevando el suelo van.

Esto es vida; no los negros
y apretados nubarrones
con sus truenos por canciones
y el fatídico turbión;
hoy el cielo es transparente
y es su nave perfumada
una iglesia ataviada
para insólita función.

Ya volvieron, ya volvieron
las oscuras golondrinas
á buscar en mis tejados
sus hogares escondidos;
ya volvieron, ya volvieron
las errantes peregrinas
y comienzan sus labores
porque encuentran en ruinas
el alero de otros años
que abrigaba varios nidos.

Y cantaron como cantan
esas aves pasajeras,
como canta el prisionero
tras la reja sus dolores,

como inválidos soldados
que perdieron sus banderas,
como náufragos perdidos
en las playas extranjeras,
como alegre caravana,
como errantes trovadores.

Son de luto sus hermosos,
sencillísimos vestidos,
que parecen á su vuelo
banderines de crespones;
y es tan pura y tan sagrada
la memoria de sus nidos,
que desprecian esas pompas
de los árboles floridos
y los trinos me devuelven
de sus débiles canciones.

Cielo claro, luz radiante,
pebeteros de jazmines,
brisas puras y muy leves,
en los piélagos la calma,
los crepúsculos risueños
como alegres arlequines...
ó es la vida de los mundos
que se meten en el alma,
ó es el alma que se sale
á vivir en los jardines.

De ayer á hoy

El mismo wals de alegre melodía
que fué mi encanto en tiempo venturoso,
ya lo suelo escuchar triste y lloroso
como el eco perdido de una orgía.

Las mismas flores que eran mi alegría
ya no tienen el cáliz tan hermoso;
ya voló de mi lado ese dichoso
empeño de vivir que yo tenía.

Lágrimas son las risas del pasado,
dudas las ilusiones que he soñado,
los placeres angustias y dolores.

Y es que no tienen, si el amor se agota,
ni vida el alma, ni dulzor la nota,
ni luz el cielo, ni color las flores.

Las bodas negras

En el calabozo oscuro
triste el prisionero espera
á la mujer de sus ánsias
amarrado á una cadena.
Otros cuatro compañeros
de aquellas cárceles negras,
son testigos de su boda;
el sacerdote les echa
la bendición, y los novios,
con la más honda tristeza
se juran amor eterno
teniendo en medio una reja
por años que nunca pasan
entre los dos interpuesta.

Se unen las almas tan solo;
porque los cuerpos se alejan
con la lejana esperanza
de que cumpla la condena
aquel triste prisionero
que descansa entre tinieblas

y cuyos goces nupciales
cuatro paredes encierran
humedecidas con lágrimas
y con ansiedad siniestra.

Como á todos los mortales
Dios le dá una compañera,
y no puede entre sus brazos
cuando le plazca tenerla;
y está escuchando las arras
sin cesar en su conciencia;
arras son sus eslabones
que le oprimen las muñecas;
su luna de miel, el triste
rayo de luz que penetra
entre la cruz de dos hierros
por una ventana estrecha;
la música de sus bodas
es la triste cantilena
de todos los condenados
que cuando cantar se quejan
y en una copla vacían
mil historias y mil penas,
casi todas muy amargas
y casi todas muy negras.

Y la novia que á aquel yugo
quiso humillar su cabeza,
no buscó al hombre que puede
lucirlo en bailes y fiestas;

no buscó al varon robusto
con la ansiedad de las hembras;
no buscó al esposo libre
que en el mundo la defienda,
y que por ella se arroje
y que se mate por ella...
Sólo buscó el débil eco
de una amorosa promesa,
¡y han de pasar tantos años
para cumplirse, que aterra!

Y pasan siglos por días
y ella vá al pié de la reja
contando siempre las horas
como minutos que vuelan.

Y la pasión vá creciendo
y vá tomando más fuerza
y sus caras envejecen
y sus cuerpos se doblegan
al tiempo pue va pasando
y dejando tristes huellas...

.
Pasaron años sin cuénto
y una noche, por la puerta
de la cárcel, un anciano
sale de cumplir condena;
una mendiga le tiende
sus brazos y ambos se estrechan
desbordándose en los pechos

aquella pasión tan vieja,
cual se desbordara un río
al que un monte le opusieran...
y fué el pan de una limosna
el de las bodas aquellas
y sus primeros placeres
el hambre con la miseria.

Juventud

¡Oh, alegre juventud, bella y dichosa!
Tú eres la copa que á beber convida;
en medio del banquete de la vida
ofrece al mundo tu fragancia hermosa.

Mira bien el licor que en tí rebosa
antes que llegue al labio tu bebida,
que puedes ofrecer la luz perdida
ó puedes encerrar la sombra odiosa.

Hora es aún; tu vaso está vacío,
brinde tu borde en borbotón, un río
de claras luces y de amor fecundo.

De vida séa tu licor sagrado
y que al alzarse tu cristal dorado,
con su espumosa luz se embriague el mundo

La canción del poeta

Es un sueño mi vida que me agobia y me mata
con el ansia de un beso que pretende encontrar:
yo he sentido el aliento de una virgen ingrata
y he buscado sus labios con pasión insensata
sin que el alma se canse de volar y volar.

Cuando cierro los ojos á los dulces cantares
que la Gloria me dice con idílico son,
me circunda su esencia de jazmines y azahares;
pero canta muy lejos... donde acaban los mares,
donde empiezan los cielos, donde está la ilusión.

En las pálidas horas del crepúsculo frío,
de misterios y dudas se hacen eco las ramas;
y al cruzar la ribera silenciosa del río,
busco el beso glorioso que en mis sueños ansío
y se vá de mis ojos con las últimas llamas.

Pero quedan temblando los idílicos sonos
en los álamos verdes como alegre cantar.....
es el eco sagrado de las bellas canciones

que la Gloria me manda de sus altas mansiones
asomada á los lindes de los cielos y el mar.

Yo la siento y la llamo cuando pulso mi lira
y al compás de un lejano misterioso rumor,
ella canta conmigo y en mis ojos se mira
y en mis horas se mece y en mis versos suspira
y en el alma la llevo con cadenas de amor.

Pero al ir á besarla con febriles alientos
de una sed que me mata, no la puedo alcanzar;
se reclina en las nubes y cabalga en los vientos
y otra vez su sonrisa de apagados acentos
Vá á perderse en los lindes de los cielos y el mar.

Y se apaga mi vida esperando, esperando
que me bese en la frente con sus labios de diosa
y en mi sueños la siento cuando pasa cantando
las estrofas eternas que al volar va formando
con su aliento de virgen, con sus alas de rosa.

Tal vez Dios la hizo esquiva porque yo la adorara
con el ansia infinita de mi eterna ilusión;
tal vez la hizo invisible porque no la besara,
tal vez Dios con el linde de la mar nos separa
para hacer más eterna mi divina pasión.

Pero todo en el mundo me repite el sonido
de sus alas sonoras, de su tierno cantar;
los rumores del valle de esmeraldas vestido,

los crepúsculos grises, el Oriente encendido,
el temblor de los álamos y las olas del mar.

.
No te alejes esquiva de mis ansias, bien mío,
que te llevas el alma y me dejas sin vida;
no te alejes y escucha la canción que te envío,
que se vá entre la linfa plañidera del río
á morir en las olas de los mares perdida.

De mi vida se apagan los postreros fulgores,
siento ya que la tierra mis alientos reclama;
al pensar que me muero sin gozar tus amores,
ya no tengo yo luces, ya no tengo yo flores,
ya me voy para siempre porque el suelo me llama.

Moriré en una tarde melancólica y fría,
cuando llore el crepúsculo con sus lágrimas rojas;
moriré entre los últimos resplandores del día
y serán oraciones en mi triste agonía
las monótonas danzas de las pálidas hojas.

Y verás que mis labios te sonríen inciertos
y en mis últimas ansias te pretenda besar.....
dame, Gloria, ese mirto que corona á los muertos,
porque iré hasta la tumba con los ojos abiertos,
contemplando los lindes de los cielos y el mar.

Los jazmines

Sobre el verde y pomposo jazminero
cuajan copos de nieve sus botones;
parecen un diluvio de ilusiones
en un mar de esperanzas prisionero.

Mientras conserva su color primero
palpita en él la vida á borbotones;
pero vienen las crudas estaciones,
mata el color y extingue el pebetero.

Así tiene en las almas la esperanza
de jazmines y tallos la alianza,
siendo su aroma la ilusión que encierra.

Muertas las esperanzas de la vida
caerán las ilusiones esparcidas
igual que los jazmines por la tierra.

Domingo de Ramos

De guirnaldas olorosas
se adornaron las ventanas,
para dar el primer beso
á la virgen que descansa
sobre el lecho vaporoso,
casto y puro de la estancia.

La nocturna melodía
palpitando en las guitarras,
llega en eco adormecido
y se mece en sus pestañas
y se mete por sus labios
entreabiertos, á su alma.

Vuela entonces por los aires
perfumados de la sala
un suspiro de alegría;
de ilusiones sonrosadas
se reviste aquel ambiente;
y la luz de aquella lámpara
que hay delante de una Virgen,

á la diestra de la cima,
es un pétalo de rosa
que se mece y se agiganta
y parece que abanica
los contornos de su cara.

Y la copla del amante
sale y dice estas palabras:

*«Tus amores son mi vida,
tus suspiros son mi alma;
alma y vida es lo que busco
cuando vengo á tu ventana.»*

Y la luz que antes fué pétalo,
mariposa es ya con alas
que en destellos se deshacen
zozobrando por la estancia,
con el tinte sonrosado
del reflejo de la lámpara.

Cesa un poco aquel nocturno
quejumbrear de las guitarras
y del órgano sonoro
llegan notas apagadas
con perfumes de incensarios
y salmodias no profanas
confundidas con el trémulo
susurrar de muchas palmas.

Y la virgen pudorosa
alza un poco las pestañas
y se aumentan los perfumes

y los órganos se callan
y se encuentra sumergida
al mirar á la ventana,
en el místico silencio
de una iglesia en que á Dios alzan.

La confusa melodía
se repite en las guitarras
y sus párpados entorna
como luces que se apagan;
vuelve entonces el amante
con su voz enamorada
y la copla de sus labios
sale y dice estas palabras:

*«Abre pronto los cristales
que te está esperando el alba,
abre pronto, que la tienes
prisionera en tus pestañas.»*

.
Y la luz del nuevo día
inundó toda la estancia
y cesaron los murmullos
de salmodias y de palmas...
¡Cuánto amor roban las luces
y cuánta ilusión apagan!
sueño fué la mariposa
y el sol le quemó las alas!

Como el gusano

Contemplando un gusano que subía por el tronco de un árbol, me acordaba de la vida y sus hombres, y miraba el modo de subir la hipocresía.

Aquel cuerpo, al moverse, parecía la servil impotencia que trepaba; y pude ver que á lo alto se acercaba á medida que el cuerpo se encogía.

Retrata ese subir de los gusanos el modo de llegar de los humanos de gloria y de poder hasta la palma.

Y aprendieron en ellos que es segura la posesión pomposa de la altura doblado el cuerpo y arrastrando el alma.

Palomícas blancas

Vino Abril y trajo
flores y fragancias,
luces y armonías,
frondas y guirnaldas.

Ya de primavera se vistió la huerta
con pintadas rosas y con verdes matas;
vuelan por los aires puros y olorosos
lindas mariposas, *palomícas* blancas,
que de los jazmines y los *azadares*
las corolas buscan para hacerse hamacas.

¡Qué alegre está el cielo!

¡Cuántas esperanzas
llevan los olores

que la huerta exhala!...

¡Cuántas flores tienen todos los rosales,
cuántas hojas verdes tienen ya las parras...!

Las enredaderas que la Fuensantica

puso en su barraca,

llegan hasta el techo, suben á los brazos

de la cruz, tan altas,
que al subir la besan
y al llegar la abrazan.

Se avivó el gusano, se llenó de hojas
todas las moreras, pródigas y ufanas,
como si supieran
que la moza aguarda,
que *hilen* sus gusanos para hacerse el traje;
porque Fuensantica dicen que se casa...
Ellos han de darle sus refajos nuevos,
su basquiña negra, sus camisas blancas;
el ajuar completo digno de una moza
que es de aquella huerta la mujer más guapa.

Ya está muy contenta,
ya nada le falta,
porque los gusanos suben poco á poco
por entre las matas,
y es que ya comienzan
á tejer la casa
de color de rosa,
como si supieran que de la zagala
á ese tiempo mismo
la ventura labran...
Y la *Fuensantica*
l'ena de esperanzas,
mira los *capillos* como si estuviera
viendo á los gusanos fabricar su casa...

como si tejieran sus refajos nuevos,
como si cosieran sus camisas blancas...

Y llegó el Otoño
lleno de hojas pálidas,
con sus nubes grises,
con su brisa helada.

Marchitó la huerta ya triste y sombría,
todos sus adornos, todas esas galas
con las que se viste por la primavera.
De los *azadares* no hay ya la fragancia
pura y olorosa
que llegaba al alma...

No van por los aires como en otro tiempo
palomicas blancas...

Todo está muy triste... Las enredaderas
que trepando fueron sobre la barraca,
tiran ya las hojas mustias y amarillas
y los brazos muestran de la cruz que abrazan...
Ya son las moreras vástagos desnudos,
tristes esqueletos que temblando aguardan
de otra primavera las caricias dulces,
su ropaje nuevo de frondosas ramas...
¡Para qué las quiere!... Ya la *Fuensantica*
duerme para siempre, sin pensar en nada...

¡Dá lástima verla...!

No queda en su cara
ni siquiera sombra de la moza alegre

que en la huerta tuvo más nombre y más fa-
(ma...

De un poco *capillo* que vendió su padre
le han hecho una caja;

y de los que quedan sobre aquellos zarzos,
á salir comienzan *palomicas* blancas.

Todos los gusanos son ya mariposas
que desde su cárcel vuelan á la cama
y cubriendo el cuerpo de la virgen muerta
llegan poco á poco... ¡Vaya una mortaja!...

Palomicas fueron todos sus cuidados
y sus esperanzas;

palomicas fueron de sus ilusiones

las perdidas ansias;

con las mariposas

que su cuerpo tapan,

todo se lo lleva para el camposanto,
no se deja nada...

Sus refajos nuevos, su basquiña negra,
sus camisas majas...

el ajuar completo

va en aquella caja...

¡su traje de novia son aquellas tristes
palomicas blancas!

La virtud del oro

No todas las virtudes son virtudes;
el velo de oro encubridor de males,
tiene también su fondo cenagoso
que nunca al mundo por desgracia sale.

Siempre el que roba es uno, uno el que mata,
el que no tiene honor, el miserable:
que lo digan si no los carceleros,
que lo digan si no los lupanares.

La miseria es desnuda y pronto muestra
manchas de sus pecados en sus carnes;
¡para virtud la del que no se mancha
ni en el contacto pertinaz del hambre!

¡Honra, virtud! ¡Qué bien suelen cubrirse
con ricos velos de precioso encaje...
¡Qué cómodo es vivir como Dios manda
cuando es el oro el defensor más grande!

Quitad el velo aurífero que encubre
los grandes vicios y los grandes males
y arrojad la miseria á esos palacios,
que combata á las almas su acicate;

vereis entonces claudicar virtudes,
y vereis que no están por semejantes
ni todos los que roban en presidio
ni toda la deshonra en lupanares.

La media noche

Cuando las horas del reloj cercano
término ponen á su son potente,
á meditar comienzo, con la frente
apoyada en la palma de la mano.

Mis ojos ponen resistencia en vano
al sueño que los besa dulcemente,
y en la tranquila atmósfera se siente
el peso de las noches de verano.

El alma huye de mí, cruzar la siento
cabalgando en la luz del pensamiento
para dejar á la materia en calma.

¡Ay! si tuviera labios esa loca,
cuántas veces sintieras en tu boca
los besos infinitos de mi alma!

La canción del Otoño

La voz del Otoño
se escucha en las ramas;
temblores de anciano
tienen sus palabras:
ya comienzan las hojas sus quejas,
silencio que cantan.....

.
«Yo soy el Otoño,
el viejo que pasa
las horas llorando
su vida que acaba;
el desnudo que muere de frío
por dar á los mundos su ropa y sus galas.
Dejadme que rece, que mande á los cielos
mi música triste, mis viejas plegarias,
dejadme estar solo con mis horas grises,
con mis notas pálidas.
Dejad vuestros nidos,
alegres bandadas

de pájaros nuevos,
buscad otra patria
que tal vez al temblor de mi muerte
vuestro alero ruinoso se caiga;
que inclinen al suelo
sus copas las cañas
como al regio cadáver las huestes
inclinan sus lanzas
y que lloren con lluvia los cielos
y que doblen por mí las campanas.
Venid, sembradores,
dejad las cabañas
siquiera un momento
y haced mi mortaja:
removed esa tierra, que aún tienen
un aliento de amor mis entrañas,
y tal vez si la reja es fecunda
me pudiera infundir vida y alma.
Yo siento fatiga,
las fuerzas me faltan
y á cada suspiro
que el tiempo me arranca,
van rodando mis hojas al suelo,
como chispas de luz que se apagan.
Ya sé por mi daño, que un viejo que tiem-
(bla
ni tiene alegrías ni es buena compañía;
es tan solo un mendigo que pide,

es tan solo un estorbo que cansa.

Por eso los grandes,
al ver que llegaba,
de un golpe cerraron
sus ricas ventanas;
no quieren oirme
las quejas amargas;
mi aliento es impuro
veneno que mata.....

¡ay de aquel infeliz que en la vida
solo ofrece venturas pasadas!
Si tuviera yo rosas, entonces
cuántos labios mi frente besarán!
No les gusta mi voz, porque enseño
la verdad de las cosas humanas;
no me quieren mirar porque digo
como en mí las grandezas acaban.
Juventud con placeres y risas,
ilusiones de amor y esperanzas,
son tan solo el olor de esas flores
que hoy se encuentran llorando mis ramas.
Tengo amores extraños; me esperan
con las huellas de muerte en la cara,
y á mi beso agonizan con frío
las vírgenes pálidas.

Yo las llevo al sepulcro, las llevo
sin luz y sin flores, con rezos y lágrimas
¿qué tendrán mis alientos impuros,

¿qué tendrán mis amores que matan?

Camino y camino
cubierto de canas
y así que á la tarde
la noche se abraza
y empieza el confuso
clamor de campanas,
yo llego á la ermita
sin luz, solitaria,

y la cruz de granito me ofrece
piadosa sus gradas.

No es aquella cubierta de tallos
y flores y galas;

no es aquella de manto verdoso
que sus brazos al mundo ocultaba.

La cruz ya no tiene
sus hojas rizadas;

fué secando mi aliento sus tallos
y tirando á sus pies las guirnaldas.

La beso y mi frente
se apoya en su helada
granítica piedra
de clámide blanca...

y es allí donde yo lloro y rezo
la ferviente y piadosa plegaria
que los muertos me piden cada año
porque en mí resucitan sus almas.

Yo guardo á los muertos

memorias sagradas
de siglos y siglos,
y nunca me faltan
ni un lirio que rece, ni un cielo que llore
ni un cuerpo sin vida de una virgen pálida.

.
Acabó su canción el Otoño
cuando el sol en la sierra tocaba:
dió un suspiro y temblaron las hojas
con rumor de esqueletos que bailan:
lloraron las nubes,
crujieron las ramas
y de ermita en ermita llevaron
suspiros y rezos las tristes campanas.

Amapolas

Rizado mar de espigas me parece
el trigo en la llanura; entre sus olas
frágiles navecillas de amapolas
en su vaiven acompasado mece.

Crece la brisa y con la brisa crece
un son de improvisadas barcarolas,
hasta que el viento rompe las carolas
en el revuelto mar que se estremece.

El sol, que arde en los campos de Castilla
sobre las ondas de las mieses brilla
iluminando el náufrago tesoro.

Son naves de coral que se rompieron
y en pedazos deshechas, se esparcieron
por la ondulante superficie de oro.

La piedad de las mujeres

Era aquella mujer el misticismo según sus manifiestas devociones; era el galán un puro escepticismo del que gustaba hacer ostentaciones.

Siempre que ella le oía, de las cosas divinas se mofaba sólo por ver la cara que ponía; ella, frunciendo el ceño, se alejaba.

Pero las vanidades femeniles que á ese dios de amor propio adoran tanto todas sus devociones juveniles dejan al elogiarles un encanto.

Y así debe de ser; porque algún día por ponderar los ojos de su amada, con frase irreverente y algo impía quedó la religión muy mal parada.

Protestó con los labios solamente al mirar á sus pies divinidades; pero no se alejó, bajo la frente esperando escuchar más impiedades.

Amor que pasa

Reposa la ciudad. Rumor tan leve
como el de los suspiros es la brisa;
reina un silencio igual que el de la misa
así que alzan á Dios. Nada se mueve.

Sobre el lecho más blanco que la nieve
deposita el amor dulce sonrisa
y en medio de tinieblas se divisa
algo que al cielo á penetrar se atreve.

¡Ay! si cada ilusión que el sueño lanza
encontrara en un ángel la mudanza,
tal fuera el alma del alado coro,

que al arrancar en uniforme vuelo
pudiera la ciudad subir al cielo
presa en las alas con cordones de oro.

El alma del poeta

En la muerte de Núñez de Arce

Murió el poeta, de guerrera estrofa:
su cuerpo aniquilado fué á la tierra
á pagar el tributo de las vidas,
igualdad de pequeños y de grandes.

El alma no, porque al romper sus lazos,
con la expansión de un mundo luminoso,
voló de sol en sol, de cielo en cielo,
bruñendo estrofas, y cantando amores,
dejando al paso la brillante estela
de un astro que se rompe en chispas de oro
y esmalta con sus luces los espacios...

Yo le ví anoche, lo miré con ansia
y hablé con él en medio del silencio
de esas horas de calma bendecida,
y encontré en sus palabras varoniles
el sabor de la vida y de la idea,

que vibrando en los labios de sus versos
se grabaron sonoras en mi alma.

Hablamos de la Patria y con valiente
y enérgico entusiasmo, su voz suena
como una luminosa profecía
que hace sentir al corazón tranquilo
el vago luminar de la esperanza,
cuando al mirar los campos desolados
y el taller solo y pobre á España dice:
«Sean la escuela y el taller y el surco
los solos campos de batalla, en donde
tu razón y tus fuerzas ejercites...»

Y calló un breve instante y yo jurara
ver en su rostro lágrimas rodando
por un recuerdo acaso de otro tiempo
ó tal vez porque vino á su memoria
el grito del combate encarnizado
y el olor de la sangre fratricida...

Luego hablamos de Dios y reverente
abrió los ojos y miró á los cielos,
y creciendo y creciendo su figura
hasta envolver su frente en los espacios,
sonó la voz como plegaria excelsa
en arpas de oro de armoniosos ecos
y dijo así con varonil pujanza:

«En el nombre de Dios viejos y mozos
en extranjero hogar lloran sus penas...»

.

«En el nombre de Dios la heroica España
sufre martirio ignominioso y largo...»

.

»Yo sé que para el Dios de mis mayores
el humo del incienso es grata ofrenda,
no de la hirviente sangre...»

—Y Dios lo escucha
y con mundos de amor besó su frente.
Cerré los ojos á la luz, y entonces
en la indolente vaguedad del sueño,
sentí las cuerdas de las arpas de oro
templarse al canto del amor profundo,
con la dulzura de las blandas alas,
con el rumor de virginales besos,
alguna vez con languidez de idilio,
otras con amargores de agonía...

Y desperté con los guerreros sonos
de himnos de libertad que me trajeron
las auras de otros días venturosos
en la canción augusta del poeta,
otro canto de amor que suena á gloria
cuando el quebrar de las cadenas cunde,
cuando el gemir de los esclavos cesa.

Luego que acaba la canción sonora
y ese silencio de la noche vuelve
á dibujar con luminosos signos
sobre las almas remembranzas tristes,
siento aun el eco que en los aires vibra

de los últimos ecos que sonaron,
que repiten perdiéndose á lo lejos:
»¡Amor, eterno amor, alma del mundo...!»

• , • • • • •
Y volverá á sonar en mis oídos
el eco de su voz siempre sonora,
que vibrará en los labios de sus versos
con la canción eterna de su alma.

Y aunque una losa su grandeza olvida
por un sarcasmo de la humana suerte,
si el hombre es polvo, porque el cuerpo es
(muerte,
vida es su estrofa, porque el alma es vida.

El pescador de caña

Silencioso y atento, como una roca
sobre la orilla enhiesta y acantilada,
el pescador contempla la mar rizada
sin que un cantar siquiera salga á su boca.

Sólo á veces maldice su suerte loca
cuando saca el anzuelo sin coger nada,
y siguiendo á la muela con su mirada
su temblorosa mano los hilos toca.

Por fin se pierde el corcho, la caña arquea
y el pescador astuto que al pez lancea
siente mil emociones en un momento;

hasta que, por los aires, la muerte esquiva,
lingote palpitante de plata viva
que en lluvia de diamantes engarza el viento.

El relicario

Cuando se fué á la guerra Juan Soldado
llevaba un relicario sobre el pecho;
al tiempo de partir fué colocado
por su inválida madre desde el lecho.

Y dijo Juan besando aquella prenda:
aquí llevo mi fé, mi Dios, mi alma;
tú quedarás conmigo en la contienda
ó de los héroes me darás la palma.

Y allá entre los fragores de la guerra
bastantes veces con mortal herida,
se encontraron á Juan tendido en tierra
besando el relicario de su vida.

Si el imperio le hubieran prometido
con todas las grandezas de un tesoro,
no se hubiera el soldado desprendido
del viejo medallón de plata y oro.

.

Mucho tiempo después, enamorado de una mujer hermosa, compartía recuerdos y esperanzas Juan Soldado en sus horas de amor y de poesía.

Pero una tarde triste y memorable jugaba su adorada junto al río con aquel medallón inestimable. y en las dulzuras de su idilio impío

vió Juan Soldado con extraña calma rodar de aquellas manos bruscamente sus recuerdos, su Dios, su fé, su alma, y perderse después en la corriente.

.

Yo aprendí en esta historia algo profundo que llevo en mis memorias recogidas...
Cómo juega el amor con todo un mundo de grandezas y vidas!

Los naranjos

Búcaros del altar bello y grandioso
que el Universo tiene destinados,
para incienso de Dios, como sagrados
vasos del templo del Abril frondoso.

Tejido de esmeraldas primoroso
con estrellas de nácar esmaltados,
cuyos ricos y espléndidos bordados
son un derroche de metal precioso

Cuando los miro en primavera, pienso
que son por sus aromas el incienso,
un pedazo de mar por sus colores,

por su escultura cálices bruñidos,
esperanzas sin fines, por sus nidos,
vírgenes coronadas, por sus flores.

La canción del Río

En las lóbregas entrañas
de la sierra más altiva
nace el río, y arrastrando
su caudal vertiginoso,
llega al hondo precipicio,
se deshace en plata viva
y comienza al despeñarse
sus canciones de coloso.

Riza el viento su encrespada
y espumosa cabellera,
ruge augusto, salta fiero
y con rítmica potente
va dejando por los campos
su sonata plañidera,
las eternas melodías
de la lira del torrente.

Brinda al borde del abismo
la espumosa catarata,

alza al viento los brillantes
de su copa berroqueña,
se desbordan armoniosos
los raudales de su plata
y su néctar canta gloria
á la vez que se despeña.

Soy la vida—dice el río—
soy la vida de las flores;
soy el alma de esos campos
que fecundo con mi aliento;
prisionero en mi corriente
llevo el sol de mis amores,
que me sigue hasta la tumba
con las ansias de un sediento.

No es el mundo en que navego
donde quedan sepultadas
las victorias florecientes
arrancadas al estío;
por los campos voy dejando
las banderas conquistadas,
las grandezas imperiales
de mi eterno poderío.

Son abril mis suspiros
que al salir de mi ribera

en los pámpanos me ofrecen
mis cadenas hasta el mar;
y es el beso de mis labios
la fecunda primavera
y las flores en los templos
y la Hostia en el altar.

Deshaciéndome en cantares
me deslizo del torrente,
ofreciéndole á la tierra
las caricias de mi amor;
y en la dulce melodía
de mi cántico valiente
cada chispa es una nota,
cada nota es una flor.

Pero á veces lloro y sufro:
lloro y sufro cuando paso
por el campo yermo y pobre,
infecundo y miserable;
por la tierra que se muere
con la boca sobre el vaso,
con febriles agonías
de una sed inacabable.

Como lira abandonada,
sola y triste, que no alcanza

las caricias de unas manos
que le prestan sus amores,
dejo páramos sin vida,
que soñaron la esperanza
de tejerse una corona
con guirnaldas y con flores.

¿Para qué guardan los hombres
esos gérmenes benditos
que mis aguas atesoran
en sus cáuces seculares?...
¿Para qué brinda el torrente
mis tesoros infinitos
si mi plata va á extinguirse
en la tumba de los mares?

Quiero ser el moribundo
declinar de los ancianos
que esparcieron su existencia
entre gérmenes vitales;
y morir viendo mi savia
derramada por los llanos
y besar en el ardiente
corazón de los eriales.

Quiero ser el rey que pasa
galopando entre laureles,

agobiado por las palmas
y cubierto por las flores,
y arrastrar en mi carrera
rico manto de vergeles
y perderme agonizante
sobre el mar de sus olores.

No el monarca del imperio
que al pasar oye á su lado
esas hondas maldiciones
con que gime el triste hambriento:
no el monarca que se deja,
cuando acaba su reinado,
una cárcel que ha nacido
en su mismo nacimiento.

Mi canción germinadora,
que se pierda entre maizales;
y rompiendo las prisiones
de tiránicas riberas,
salga y corra por los campos
entre alfombra de trigales,
por arroyos diamantinos
con penachos de palmeras.

No de espesas alabardas
escoltado eternamente

os cañares me vigilen
con igual monotonía:
¿para qué vuelva á los aires
el cantar de mi torrente
si se pierde ó se transforma
en canciones de agonía?

Mis amores son la tierra,
mis alientos los olores,
mis coronas virginales
son de azahares y de palmas;
que me dejen que agonice
abrazado á esos amores,
que se fundan las dos vidas,
que se besen las dos almas
y me entierren con sudarios
de esmeraldas y de flores.

Como el álamo

Inmóvil en el agua vive preso
el álamo gentil de la ribera,
como amante platónico que espera
la suspirada sensación de un beso.

De violenta pasión tuvo un acceso
la intrépida corriente y rugió fiera;
sació el álamo verde su quimera,
mas tuvo el mar por tumba su embeleso...

Yo me miraba en tí como aquel álamo
que vió en las aguas su funesto tálamo,
como el que ofreces con tu amor al mío.

Pero al sentir tus brazos en mi cuello,
y acariciar mi frente tu cabello
me acuerdo de los álamos y el río.

Duelos

.....

Se casó la viudita; aun está hermosa.
Luciendo el nuevo amor, iba del brazo,
y aun estaba la tierra removida
del esposo infeliz ¡olvido ingrato!

Me dió risa el contraste, lo confieso;
me dió risa mirarla con su amado
y lucir en su cuerpo negras gasas
en señal de dolor y de quebranto.

Yo sé por experiencia de la vida
y en más de una ocasión lo hube notado,
que si llorar se puede sonriendo
también se puede sonreír llorando;

Mas llorar y reír al mismo instante
ningún alma ha podido realizarlo:
ó le sobran las gasas de su cuerpo
ó le sobran las risas de sus labios.

Brindis

Llenos los vasos de la savia nueva,
sobre el verde mantel se alzan lozanos:
por sierras y por valles y por llanos
fragancias de licor la brisa lleva.

Desde el naranjo que su copa eleva
chocando con los próximos manzanos,
hasta los rojos cálices tempranos
que Flora, rica en esplendor, renueva,

cantan el brindis del Abril triunfante;
y es la florida bacanal brillante
un idilio de besos y de amores.

Es el almendro el alma de la orgía,
que alza su copa entre la luz del día
chorreando la espuma de sus flores.

La camelia y el clavel

Contemplando una maceta
con un clavel doble grana,
me pareció que reñía
con una camelia blanca.

La discusión era fuerte
y el clavel se sofocaba
poniéndose de encendido
lo mismo que la escarlata.

Ella en el invernadero
al abrigo de unas palmas;
él fuera de la bardiza
asomándose entre cañas.

El es un galán gallardo
con su melena rizada,
cuyas blondas besa el aire
y en sus perfumes se embriaga.

La camelia displicente,
vestida siempre de gala,
sin aroma y sin colores,
sin corazón y sin alma.

El clavel, enamorado,
de ardiente pasión temblaba
y á aquella flor tan insípida
echó su frialdad en cara.

Tú—la dijo—eres hermosa,
tienes estirpe elevada,
eres dama de palacios
y eres de príncipes gala;
pero ni tienes amores
ni libertad ni esperanzas
y es tu vida prisionera
la vida de las esclavas.

Acaso de tu excesiva
intimidad con las damas
dejaste el aroma entre ellas
para ser una de tantas;
que hay damas que son lo mismo
que camelias, por lo faltas
de aroma y de sentimiento,
cual de hermosura sobradas.

Tú serás flor de las flores
cuando de esa cárcel salgas
y el aire azote tus pétalos
y' el rudo huracán combata
tu cáliz siempre en sosiego,
siempre esclavo, siempre en calma.

Muchas mujeres, lo mismo
que tú su virtud proclaman;

pero no es virtud aquella
que entre cristales se guarda,
sin una pasión vencida
ni una privación callada...

Ven camelia, que mis labios
que de pasiones se abrasan
besen los tuyos sin vida,
verás como eres sultana
consorte de estos imperios
que Abril al mundo regala.

Deja que en un beso mío
te dé mi aroma y mi alma
y el amor que á mí me sobra
que es el que á tí te hace falta;
porque es la flor sin perfume
una mujer que no ama.

En el arroyo

Sería la media noche:
muy poca luz en las calles,
mucha nieve, mucho frío
y un silencio que ni el aire,
á pesar de fuerte y crudo,
alteraba en los cristales.

Con sus cabellitos de oro
y más bonita que un ángel
iba una niña descalza,
sin mantón con que abrigarse,
dejando sobre la nieve
aquellos piés virginales
dibujados, cuyas formas
sobre el blanco inalterable
eran signos del poema
que al pasar escribe el hambre.

Con una voz apagada
y con un temblor muy grande
vino á pedirme limosna,
¡limosna para su madre!

Alargó su breve mano
con insistencia, implorándome
y antes de que mi moneda
fuera en su palma á posarse,
ya el cielo la hubo cubierto
de aquella nieve que cae
como diciendo: ¡esta sola
limosna puedo otorgarte!
porque á poco gimió el viento
como lamentos, como ayes.

—¿Cómo vas— la dije—ahora
andando por estas calles
con esos pies, sin abrigo
y con el frío que hace?

—Señor, es una limosna
para que coma mi madre.

—¿Está enferma?

—No está enferma,
pero me manda á que saque
la comida de mañana
y la puerta no me abre
si no sueno algún dinero
cuando ya quiero acostarme.

—¡Pobre niña! Y esta noche
¿has cogido algo?

—Nadie
ha tenido para mí
ni siquiera un «Dios te ampare»,

¡Esta noche no me acuesto
ni ceno... y tengo más hambre!

En un zaguan me he metido
por la nieve y por el aire,
pero el dueño de la casa
cuando ha venido del baile
me dijo que me saliera
porque manchaba mi traje
¡y fué de los pies tan fríos
que me brotaba la sangre!

Le pedí un sitio en la cuadra
y tampoco quiso entrarme
tal vez porque se creía
que yo pudiera robarle,
cuando una manta de seda
con cuatro letras muy grandes
bordadas en oro, ayer
llegué yo mismo á entregarle
de una perrita que es suya
y que la perdió en la calle..

.
.

Creció el huracán, la nieve
se torné en agua á raudales
y zumbó el trueno muy cerca
y sonaron los cristales
y la tempestad rugía
con aliento interminable...

El cielo que oyó el relato
que me contaba aquel ángel
y rugió con maldiciones
contra un rico y una madre...!

El altar de las flores

En el florido altar de la ventana,
como cáliz radiante de colores,
la rústica maceta alza sus flores
al beso de la luz de la mañana.

Una mujer de imagen soberana
mitiga de las plantas los ardores,
y después de aspirar en sus olores
su seno adorna con la más lozana.

Aquello es el compendio de una misa
en que la hermosa fué sacerdotisa,
la ventana florido santuario,

hostia santa la flor, y el casto pecho
la custodia ideal que Dios ha hecho
á la Naturaleza por sagrario.

La caza del gorrión

Es el golfo de los aires,
madrugador sempiterno;
su traje es limpio y sin galas,
su palacio es el alero.

Lo que desprecian los hombres
toma él para su alimento,
como un alegre mendigo
que no conoció los duelos
y vió siempre en el espacio
su libertad con el viento.

Yo lo cacé cuando niño...
¡con qué pesar lo recuerdo!
Yo le engañé con migajas
para hacerle prisionero.

Junto al solar solitario
de las afueras del pueblo,
escondiendo con la tierra
los alambres de los cepos,
esperaba emocionado
ver que se poblaba el suelo

de pájaros disputándose
aquella traición del cebo.

Por fin uno se decide.
y va con el pico abierto;
llega, duda, vuelve, pica,
sospecha, mira un momento,
receloso se hace á un lado
y después remonta el vuelo...
yo en el quicio de la puerta
esclavizando mi aliento,
con el corazón brincando
para salirse del pecho,
ya gozando una alegría,
ya un desengaño sintiendo.

Otro que al fin se decide
y á la trampa va derecho,
mira á todos los rincones,
después al pan, luego al cielo,
mete por fin la cabeza
en el removido cerco
y pica una vez la miga
y la trampa no dá efecto.
Pica otra vez y otra y otra
y en aquel tenaz empeño
cada picotazo suyo
lo siento yo en mi cerebro.
De pronto, una polvareda,
los alambres descubiertos,

agudas lamentaciones,
mil inútiles esfuerzos,
el pájaro ya cautivo
trazando con su aleteo
un ramillete de plumas
que salta rizado al viento,
y yo que corro anhelante
á coger al prisionero...

.

¡Pobre golfo de los aires,
con qué pesar te recuerdo!
¡Con qué inhumana codicia
te ví aproximarte al cebo!

Así después en el mundo
tropecé con muchos cepos
y como yo hice contigo
ví hacer con mis compañeros;
esos pobres que trabajan
con los brazos ó el cerebro
y á quienes ceban los grandes
aprovechando el momento
de que el hambre los acosa,
para oprimirlos del cuello...

¡Pobres pájaros sin galas!
¡Pobres cautivos del pueblo!
¡Cuando querrá Dios que el mundo
rompa ya sus cautiverios...!

Los años que pasan

Han pasado los años de mi vida
como linterna mágica. Las cosas
grabaron sus siluetas luminosas
y luego ví su luz desvanecida.

Por el alma pasaron. Confundida
la espina ví con las fragantes rosas;
huyeron las sonrisas venturosas,
solo quedó la sombra al alma unida.

Pasaron glorias, juventud, amores,
primaveras de luz, campos de flores,
cantos de vida y susurrar de palmas;

sólo amargura y pena se detienen...
los años son cadáveres que tienen
sus tristes cementerios en las almas.

Batalla de flores

A D. Rosendo Alcázar

No es de la patria la empeñada lucha
del hierro contra el hierro;
es una guerra de color de rosa,
donde es la flor el fulminante acero.

Da la señal el estampido ronco
y comienza el torneo;
proyectiles de rosas se disparan
y aromas del jazmín hienden los vientos.

Las rosas por los aires acarician
el divino sabor de labios frescos,
y es el dulce vibrar de sus corolas
canto de amor que se deshace en besos.

Multicolores cintas forman arcos
como pintados túneles que fueron

dosel de la belleza unos instantes,
alas rizadas de las flores luego,
ya febriles pasiones donde vuelan
ansias de juventud de pecho á pecho,
y por último alfombra del Oriente
para quien pisa el alfombrado templo.

Las flores cruzan, las mujeres ríen
y corren por la atmósfera los ecos
de alegre aletear de mariposas
que escriben sus cantares en los pétalos.

Cuando miro pasar sobre los aires
una dalia, un jazmín, un nardo intrépido
pienso que es corazón lleno de amores
que en busca de otro se salió del pecho.

Bajo los ricos voladores arcos
de rosas y papel, pasa el trofeo
bendito de la fiesta; las mujeres
con sus hermosas caras y ojos negros,
en los nidos de flores semejando
luciérnagas que viven en los pétalos.

Se satura la atmósfera de aromas
y parece que Flora da su aliento
en torno de las musas que volando
quieren formar á Júpiter su lecho.

Corre la vida entre raudal de cálices
que con ansias de amor vamos bebiendo,
y se derrama en prodigioso lago
un mundo de belleza por el suelo.

No hay en el mundo cuadro tan sublime,
no ví jamás un cuadro tan completo:
mujeres, flores, músicas, amores,
juventud, ilusiones, claro el cielo:
¿que falta la poesía? La poesía
tiene su trono inseparable, eterno
de músicas y flores y mujeres,
y vuela por los ámbitos aquellos
ya en el sagrario de los labios rojos,
ya en el clavel del palpitante seno.

Nunca mejor la vega echó sus flores
que para hacer guirnaldas en el viento
prestando alas al amor del mundo,
sirviendo á la belleza de trofeo,
coronando á las vírgenes tempranas
y dando, en fin, á las mujeres besos.

Buscando un alma

De una luna de miel franca y dichosa
el riquísimo néctar los embriaga
y él sin embargo cabizbajo y triste
bastantes horas pasa.

Nadie se explica su fruncido ceño
ni aquella cara que el pesar amarga...
¡si aun no ha tenido tiempo aquel esposo
de ver una traición, un desdén, nada!

Ella es una mujer de las que tienen
luz de felicidad en sus miradas:
fresca como una flor y más hermosa
que una camelia blanca.

Toda la majestad de reina augusta
y todos los encantos de la gracia;
son sus líneas movibles tentaciones
que lo infinito del placer señalan;

es una perfección aquella esposa,
la perfección humana.
¡Cuántos una caricia de sus labios
se la hubieran pagado con el alma!

Y sin embargo, cuando todo el mundo
envidia al hombre de ventura tanta,
él se pasa las horas cabizbajo
con un pesar amargo en las entrañas.

¡Si convida á vivir aquella vida!
¡Si le brindan amor aquellas gracias!
¡Si es una primavera de perfumes
con aurora de luces coronada!

Junto á aquella mujer no se concibe en
pesar ni indiferencia, y se separan
con profundo desdén; ni una caricia,
ni promesas de amor, ni una palabra
que llegue á sus oídos anhelantes,
que esperan esa música sagrada,
notas de una pasión dulce y ardiente
de dos vidas tempranas.

El siempre indiferente, pensativo;
si á su lado se acerca la rechaza
y de aquellos primores juveniles
cuyas formas esbozas le brindaban

mil mundos de placer en cada instante
que hasta los mismos dioses envidiaran,
no siente los arrullos y se aburre
muriéndose de frío en sus miradas...
¡Solo un idiota, junto á aquella virgen,
sus ojos de los de ella separara!

¿Por qué pasa las horas el esposo
en la luna de miel tristes y amargas?
¿Por qué no goza del amor tan pródigo
en aquellos dos brazos que le aguardan?
¿No tiene allí caricias y bellezas,
amores, ilusiones y esperanzas?

.

El ha dicho en secreto que aquel cuerpo
es una obra de Dios muy acabada;
pero él buscaba un alma y no la encuentra,
¡es lo que á ella le falta!

INDICE

.....

Páginas

CUENTOS

Carta-Prólogo.	7
Cuestión de amor propio.	11
El drama realista.	21
La Gitana.	29
Paco el molinero.	39
El primer beso.	47
La boda.	57
Como la Yedra.	65
Oro molido.	73
El maqunista.	81

VERSOS

Gérmenes.	91
A Salvador Rueda.	95
Rima.	96
Himnos Nacionales.	97
La rueca.	100
Camino de la tumba.	101
Amores y hojas.	103
Confidencia.	104
Abriendo el balcón.	105
De ayer á hoy.	108
Las bodas negras.	109

Juventud.	113
La canción del poeta.	114
Los jazmines.	117
Domingo de Ramos.	118
Como el gusano.	121
Palomicas blancas.	122
La virtud del oro.	126
La media noche.	128
La canción del Otoño.	129
Amapolas.	134
La piedad de las mujeres.	135
Amor que pasa.	136
El alma del poeta.	137
El pescador de caña.	141
El relicario.	142
Los naranjos.	144
La canción del Río.	145
Como el álamo.	151
Duelos.	152
Brindis.	153
La camelia y el clavel.	154
En el arroyo.	157
El altar de las flores.	161
La caza del gorrión.	162
Los años que pasan.	165
Batalla de flores.	166
Buscando un alma.	169

Obras del mismo autor

- «Siempre vivas», versos.
- «Relámpagos», versos.
- «Un telegrama», monólogo.
- «Los esclavos», diálogo.
- «Paco Cayuela», monólogo.
- «El Predicador», zarzuela.
- «Rosa de Nieve», zarzuela, en colaboración.
- «Gérmenes», cuentos y versos.

